
**CULTURA Y TEATRO EN LAS TRINCHERAS:
LA 31ª DIVISIÓN DEL EJÉRCITO REPUBLICANO***

Cesc FOGUET i BOREU
(Universitat Autònoma de Barcelona)

Lo que es legítimo, vital, esencial, es la lucha eterna de los que obedecen contra los que mandan cuando el mecanismo del poder social significa el aplastamiento de la dignidad humana para los de abajo.

Simone Weil

Cultura y teatro en el ejército republicano

Durante el trienio bélico y revolucionario de 1936-1939, la cultura se convirtió en un explícito *instrumento de propaganda* para elevar la moral y el espíritu combativo en las filas republicanas y para popularizar los motivos de la lucha, tanto en la conciencia de los combatientes y de la ciudadanía de la retaguardia como más allá de las fronteras. Se trataba de avivar la confraternidad, afianzar la unidad y estrechar los vínculos entre el frente y la retaguardia con el objetivo primordial de ganar la guerra y conseguir un positivo reconocimiento internacional. Este tipo de legitimación

*Este estudio ha sido elaborado en el marco del proyecto DGICYT PB94-0710 del Departament de Filologia Catalana de la Universitat Autònoma de Barcelona y se inscribe en el proceso de investigación de mi tesis doctoral sobre el teatro en Catalunya en tiempos de guerra y revolución (1936-1939), que cuenta con la ayuda de una Beca de Formación de Investigadores concedida por la Direcció General de Recerca de la Generalitat de Catalunya.

propagandística no sólo se ejercía internamente a través de publicaciones de diversa índole (periódicos en las unidades, boletines de información y orientación, manifiestos, octavillas, tarjetas postales), sino también a través de actos muy variados (conciertos de música, sesiones de cine, mítines, conferencias, charlas), entre los que se incluían las funciones y los concursos teatrales. En la retaguardia, pongamos por caso, la celebración de mítines en los pueblos próximos al frente de combate, con la participación de representantes del Frente Popular, y la organización de veladas teatrales o festivales artísticos —algunos de los cuales se dedicaban en exclusiva a la infancia— constituían actos de confraternización y de divulgación de las razones del combate. El teatro —así como el cine— se erigía en un elemento divulgador extraordinario de unos conocimientos que, al mismo tiempo que deleitaban, instruían.¹

¹La difusión cultural se programó en planes concretos de trabajo muy elaborados como el que confeccionó —en una fase avanzada en extremo respecto a otras unidades— el Comisariado del V Cuerpo del Ejército del Ebro (el de Enrique Líster) para los comisarios de todas las unidades, servicios y armas a realizar del 25 de noviembre al 25 de diciembre de 1938 [conservado en el Archivo Histórico Nacional —Sección Guerra Civil— de Salamanca, Político-social-Barcelona, legajo 15]. En este plan pormenorizado de uno de los cuerpos comunistas más hiper-organizados se definían, entre otros aspectos de interés sobre programación y metodología, los «fines», los «medios» y el «aparato cultural» necesarios para encaminar una intensa actividad cultural y educativa. Entre los «fines» se proponía lo siguiente: «1º Intensificar hasta el máximo la labor cultural. / 2º Orientar dicha labor, principalmente, hacia la concienzuda preparación de Mandos medios, Oficiales y Comisarios; es absolutamente necesario que los alumnos propuestos a las Escuelas de capacitación sepan por lo menos leer y escribir; es absolutamente preciso que todos los Cabos y Sargentos analfabetos dejen de serlo en el plazo de treinta días. / 3º Controlar exactamente el nivel cultural de todas las Unidades, conocer con precisión el índice de analfabetismo; controlar igualmente la labor cultural, eliminando un cuarenta por ciento de analfabetos en las Escuelas de Soldados; notoria elevación del nivel cultural de todo combatiente. / 4º Ni un solo pueblo de la zona del Cuerpo, sin escuela propia; ni un solo niño sin asistir a ella. / 5º Charlas culturales y conferencias en todas las Unidades; colaboración cultural en todos los periódicos murales, absolutamente en todos; en la prensa de la Unidad y general, destacando los progresos y alumnos mejores. / 6º Coros y teatros en todos los Batallones y Unidades Especiales; participación en festivales y actos. / 7º Historia de las Unidades, tenerlos completos y al día; archivo de guerra, en orden perfecto.» (p. 1). En cuanto a los «medios» para lograr tales fines, se apuntaba: «a) Organizar un aparato cultural. / b) Cimentar dicho aparato [...]. / c) Conseguir por todos los medios posibles, material escolar y libros. / d) Abrir concursos de emulación en todas las Unidades, concediendo premios a quienes logren o rebasen los fines propuestos, citas elogiosas en la Orden del Día, en la Prensa, etc. / e) No desperdiciar ni un solo día, ni una sola hora.» (p. 1). Por último, refiriéndose al «aparato cultural», se consideraba necesario: «a) Personal docente: Delegados de Cultura, Milicianos de la Cultura, etc. / b) Escuelas; horario de clases. / c) Matrícula y asistencia; manera de asegurarla. / d) Material escolar y libros de estudio. / e) Programas culturales: para analfabetos, para semianalfabetos, para cultura general y para ampliación de cultura. / f)

El estudio de la actividad cultural y específicamente teatral en las divisiones militares es un filón más bien poco explorado por la inmensa bibliografía sobre el trienio. Las dificultades documentales impiden, por el momento, esbozar una panorámica global, pero la investigación cada vez más sistemática de archivos y hemerotecas posibilita iniciar unas primeras incursiones parciales (y forzosamente provisionales). Este trabajo intenta ofrecer una aproximación a la actividad cultural —relacionada particularmente con el teatro— que se proyectó en el seno de la 31ª División. Antes de ahondar en el análisis de la actuación cultural de esta unidad del ejército —de signo político muy determinado—, cabe señalar que, como en la mayoría de unidades militares, la tarea cultural se orientaba hacia finalidades muy diáfanas (elevación cultural y capacitación militar de los soldados) y se canalizaba a través del apoyo al trabajo del Comisariado Político y de las Milicias de la Cultura. El carácter educativo y cultural se acompañaba, lógicamente, de la intención —ni tan solo disimulada— de ocupar un espacio en la lucha ideológica. El Comisariado Político y las Milicias de la Cultura eran los organismos directamente responsables de la actuación cultural llevada a cabo en las divisiones y, aunque se habían creado desde presupuestos diferentes, el interés pedagógico y el trasfondo político compartidos hacían que entre ambos se intentase, en la medida de lo posible, mantener una estrecha relación. Estas dos coincidencias los conducían necesariamente a hacerse compatibles y condicionaron su progresiva inserción más orgánica en la estructura militar.²

Procedimientos de enseñanza y métodos. / g) Apéndice a Escuelas. / h) Escuelas infantiles de los pueblos comprendidos en la zona del Cuerpo. / i) Bibliotecas y periódicos murales. / j) Rincones de Cultura y Hogares del Soldado. / k) Comisiones culturales.» (p. 2). Por lo que se refiere específicamente al teatro, el Comisariado del V Cuerpo proponía organizar funciones «en los lugares donde se hallen acantonadas las Unidades en reserva. Utilizando también la colaboración de algún cuadro de artistas profesionales de variedades, guardando siempre el buen gusto, huyendo de la chabacanería; ¡25 funciones de teatro por los cuadros artísticos de las Unidades en cada División!»; y, por otra parte, consideraba oportuno celebrar «concursos para la presentación de pequeñas obras de teatro sobre temas orientados en los momentos históricos que está viviendo el pueblo español por su Independencia. Obras de teatro, que una vez premiadas serían representadas por los cuadros artísticos de las Unidades. ¡Un concurso cada División!» (p. 10). Con respecto a la organización de funciones de teatro en los pueblos, el Comisariado del V Cuerpo prescribía unas dos funciones en cada uno de ellos «a cargo de los cuadros artísticos de los Batallones» (p. 11). Otro ámbito de actuación, además de la celebración adicional de festivales en varios servicios y armas, se centraba en los hospitales, en donde el Comisariado animaba a intensificar el «trabajo político» con la creación de «cuadros artísticos» en cada uno de ellos (p. 17).

² Como es sabido, alcanzada la militarización de las fuerzas republicanas, después de un proceso que se inició oficialmente a partir de octubre de 1936 y que se alargó hasta junio de 1937, la estructura del nuevo Ejército Popular, lejos de ser revolucionaria, se ceñía al modelo tradicional. Sobre los aspectos militares, véase Michael Alpert, *El ejército republicano en la guerra civil* (Barcelona: Ibérica de Ediciones y Publicaciones, 1977).

La institución de un mando político se explica por las especiales características del ejército republicano que exigían una intermediación entre los dirigentes militares y los milicianos.³ Los comisarios se encargarían de ejercer una influencia «moral» decisiva sobre los combatientes, recordar a los soldados las razones de la lucha antifascista y las motivaciones políticas y sociales del Frente Popular, y, por supuesto, animarles a instaurar, una vez ganada la guerra, un nuevo orden. Los primeros comisarios políticos aparecieron en las unidades de milicias de la órbita comunista y, en octubre de 1936, se institucionalizaron con la creación del Comisariado de Guerra.⁴ En el prefacio del decreto, que, firmado por Largo Caballero el 15 de octubre de 1936, instituía el Comisariado de Guerra, se advertía explícitamente lo siguiente:

La naturaleza político-social de las fuerzas armadas que actúan en todo el territorio sometido al Gobierno legítimo de la República y el motivo mismo de la guerra civil hacen necesario, a la par que imprimir la máxima eficacia militar al Ejército en armas contra la rebelión, ejercer sobre la masa de combatientes constante influencia, a fin de que en ningún instante se pierda la noción de cuál es el espíritu que debe animar a la totalidad de los combatientes en la causa en favor de la libertad. En ningún caso esta necesidad está en pugna con la absoluta conveniencia de prestigiar la autoridad de los mandos. Antes al contrario, tiende, además de a lo que consignado queda, a establecer una corriente espiritual y social entre los Jefes, Oficiales y clases del Ejército leal y los soldados y milicianos que componen el volumen total de éste, de tal suerte que el noble afán combativo que a todos nos agrupa en los momentos actuales se centuple, y al ser traducido en hechos, tengan éstos la virtud de que cada acción del Ejército leal al régimen sea paso firme y definitivo en el orden al logro de la victoria total.⁵

El Comisariado General de Guerra debía encargarse, en particular, de «ejercer un control de índole político-social sobre los soldados, milicianos y demás fuerzas

³ Véase Alpert, *El ejército Republicano en la guerra civil*, especialmente las pp. 191-197.

⁴ Christopher H. Cobb ha coincidido con Alpert en la valoración de las ambigüedades en torno a la creación del Comisariado desde los primeros momentos de la guerra, como una iniciativa nacida espontáneamente en el verano de 1936 y oficializada más tarde. Véase Christopher H. Cobb, *Los Milicianos de la Cultura* (Bilbao: Euskal Herriko Unibertsitatea Argitarapen Zerbitzua, 1995), p. 112.

⁵ Decreto del 15-X-1936 (*Gaceta de Madrid*, 16-X-1936).

armadas al servicio de la República y lograr una coordinación entre los mandos militares y las masas combatientes, encaminada al mejor aprovechamiento de la eficiencia de las citadas fuerzas». ⁶ La acción del Comisariado se extendería a todo el territorio republicano y tendría como campo de desarrollo natural las diversas divisiones, brigadas, regimientos, batallones, columnas y unidades armadas de cualquier clase. ⁷

Las múltiples tareas del comisario político se concretaban en el estímulo de la discusión entre los combatientes, la creación de revistas en las que debían escribir los soldados, la organización de grupos de lectura o de reuniones políticas, la distribución regular de la prensa militar, el refuerzo de la conciencia política y la comprensión de las causas de la guerra, entre otras, sin que hubiera, al menos sobre el papel, una política partidista o una orientación sectaria preestablecida. ⁸ Asimismo, el comisario político debía nombrar activistas o colaboradores directos en las unidades inferiores (que, sujetos a la disciplina militar, le ayudaran a organizar su trabajo), impulsar charlas, conferencias, discusiones y proyecciones de películas de modo regular, supervisar los cursos de alfabetización, velar por el mantenimiento de la moral, etc. En el marco de sus actividades culturales, el teatro ocupaba un lugar destacado: a veces, eran los propios combatientes quienes representaban piezas teatrales en los momentos de permanencia en segundas líneas, mientras que, otras veces, eran grupos como La Barraca, Guerrillas del Teatro o Altavoz del Frente los que protagonizaban los festivales o las veladas teatrales. El Comisariado se preocupó, en suma, por la formación cultural de los soldados, siendo la alfabetización la primera finalidad de la campaña educativa emprendida, pero también impulsó la educación cultural en un sentido general.

Al fin y al cabo, la culturalización del Ejército Popular era una cuestión esencial en el marco de una república democrática, pues, como ha indicado Santiago Álvarez (que ejerció de comisario del V Cuerpo de Ejército), la elevación de la cultura se convertía

⁶ *Ibidem.*

⁷ Sobre la configuración y el desarrollo del Comisariado, véase Alpert, *El ejército Republicano en la guerra civil*, pp. 191-227; y, desde una óptica pro-comunista, Santiago Álvarez, *Los comisarios políticos en el Ejército Popular de la República. Aportaciones de la Guerra Civil española (1936-1939). Testimonio y reflexión* (Sada, A Coruña: Edición Do Castro, 1989), especialmente las pp. 79-87.

⁸ Según Gonzalo Soler, los comisarios políticos tenían que «prepararse intelectualmente: conocer historia, geografía, idiomas, nociones de estrategia militar» y, en cuanto a su filiación política, no debían ni podían «desplegar ninguna clase de bandera en los medios del Ejército», ya que, como «hombre de confianza del Estado», controlaba «la administración y la orientación». Todos sus esfuerzos tenían que encaminarse, en definitiva, a «mantener la unidad material y espiritual de los combatientes» (Gonzalo Soler, «La razón de ser de los Comisarios Políticos de Guerra», *El Noticiero Universal*, 18-X-1937, p. 2).



en un objetivo primordial «dado el carácter de nuestra lucha, y habida cuenta la necesidad de que la conciencia del soldado supliere, en medida considerable, la falta de medios materiales».⁹ Pero había también una necesidad más genérica: «desarrollar un esfuerzo en toda la línea para lograr que el pueblo participase de manera consciente en todas las actividades, y de modo primordial en la construcción del Estado democrático; que fuese protagonista de la edificación de una sociedad más culta, de una nueva vida en el terreno social, político y cultural».¹⁰ En base a los objetivos sociales y políticos que implicaban la superación del analfabetismo y el fomento de la cultura, la actuación del Comisariado Político —junto a las Milicias de la Cultura— constituyó lo que se ha venido a llamar un *Estado Mayor Cultural*, resultado del impulso y sostén institucional, a través de estructuras de funcionamiento, de iniciativas nacidas en cierto modo de la necesidad de subsanar urgentemente unas evidentes carencias culturales. La educación se erigía, más que nunca, en un instrumento de vital importancia en la lucha por la hegemonía cultural y política.

Las Milicias de la Cultura

El carácter oficial dado a iniciativas diversas —impulsadas por la Federación Española de Trabajadores de la Enseñanza— que fueron recogidas y organizadas por el Ministerio de Instrucción Pública bajo el nombre de Milicias de la Cultura permitía poner en práctica la afirmación, hartamente expresada, de que la República luchaba por la cultura y la educación del pueblo, las cuales le habían sido negadas por los anteriores regímenes despóticos.¹¹ De hecho, tal y como se reconocía en los prolegómenos del decreto de su constitución, la lucha era, en buena parte, una lucha por la cultura del pueblo, de modo que, «bajo el fuego mismo de la guerra», los órganos del gobierno

⁹ Álvarez, *Los comisarios políticos en el Ejército Popular de la República*, p. 144.

¹⁰ *Ibidem*. Cabe señalar que, como ha indicado Álvarez, la guerra y la revolución españolas revistieron características que impiden considerar al Comisariado como un producto mimético a la zaga de la Revolución Francesa o la Soviética, visto que, aunque los sectores republicanos partieran de ideas distintas al respecto, la lucha se libraba «en defensa de la legalidad constitucional y por una República Democrática asentada en el pueblo» (*ibidem*, p. 98).

¹¹ Para Gregorio Borao, sub-inspector de Prensa y Propaganda de las Milicias de la Cultura, «su origen no puede ser más popular y espontáneo y la decisión de dar estado legal al asunto corroboró la identidad, sin precedentes tan diáfanos, establecida entre los anhelos del pueblo y los hombres representativos. En los días de la defensa de Madrid unos maestros españoles se decidieron ir a las mismas trincheras para aprovechar los ocios forzosos del soldado y acabar con la triste realidad del analfabetismo español» («Las Milicias de la Cultura. Han conseguido librar del analfabetismo a 105.000 soldados del ejército popular», *Ilustración Ibérica*, n.º 4, julio-octubre de 1938, p. 2).

republicano consideraban necesario «preocuparse de dar instrucción a aquellos heroicos combatientes del pueblo a quienes un régimen de opresión privó de recibir las enseñanzas más elementales en la edad escolar». ¹² El proyecto ministerial organizaba, según el texto oficial, «un Cuerpo de Maestros e Instructores escolares encargados de dar enseñanzas de tipo elemental a los combatientes necesitados de ellas, en la medida en que lo consientan las necesidades de la guerra y en los lugares adecuados para este servicio, aprovechando los momentos de descanso de las tropas». Su finalidad era eminentemente instructora en lo educativo, pero también lo era en lo político. ¹³ Los maestros e instructores que formaban las Milicias de la Cultura se adscribían a las correspondientes unidades militares en la proporción que se considerara necesaria a su cometido y, si bien dependían del Ministerio de Instrucción Pública en cuanto a su labor profesional, tenían que acatar las órdenes de los mandos y la disciplina militar. Las Milicias estaban a merced, por lo tanto, de dos ministerios (el de Instrucción y el de Defensa) y, además, tenían que establecer algún tipo de relación con el Comisariado, sin que ni en un caso ni en otro se clarificaran las competencias y atribuciones respectivas. ¹⁴

Las Milicias de la Cultura estaban integradas básicamente por maestros, profesores

¹² Decreto del 30-I-1937 (*Gaceta de la República*, 2-II-1937).

¹³ Carles Fontserè ha señalado que la actividad de los milicianos de la Cultura, la mayoría maestros de profesión, estaba sujeta a la disciplina militar y se dirigía fundamentalmente a un triple objetivo: la erradicación del analfabetismo, la ampliación cultural y la educación social y política (*Memòries d'un cartellista català, 1931-1939*, Barcelona: Pòrtic, 1995, pp. 410-411). En este sentido, las consignas que se lanzaban desde los primeros números de la revista *Armas y Letras*, portavoz de las Milicias de la Cultura, eran reveladoras de la *agitprop* singularmente comunista: «Odiar el fascismo es aprender a amar la cultura», «Las Milicias de la Cultura han sido creadas para desterrar el analfabetismo de las filas del glorioso Ejército de la República. Soldado: asiste a las clases», «Los pueblos cultos han vencido siempre a sus opresores» (n.º 1, 1-VIII-1937, p. 3, 5 y 8, respectivamente); «El libro y el fusil deben ser los mejores amigos de nuestros combatientes», «El fascismo fomenta la incultura, porque sabe que así es más fácil dominar al pueblo. Por algo los hombres cultos son enemigos del fascismo», «La cultura del pueblo es una de las armas más eficaces en la lucha contra el fascismo» (n.º 2, 1-IX-1937, p. 4, 6, 8, respectivamente); «La cultura es la bandera de la libertad», «La República quiere un Ejército de hombres conscientes y libres. Para conseguirlo fueron creadas las Milicias de la Cultura», «En el Ejército Regular habría sólo héroes si cada soldado tuviera un exacto conocimiento de lo que es y significa el fascismo» (n.º 3, 1-X-1937, p. 2, 4, 5, respectivamente). Sobre las Milicias de la Cultura, véase Juan Manuel Fernández Soria, *Educación y cultura en la guerra civil. España 1936-39* (Valencia: Nau Llibres, 1984), pp. 49-67; y Cobb, *Los Milicianos de la Cultura*.

¹⁴ Véanse los interesantes comentarios que Cobb aporta al analizar los textos oficiales, emanados por el Ministerio de Instrucción Pública, concernientes a las Milicias de la Cultura en *Los Milicianos de la Cultura*, pp. 52-54.

y estudiantes que, en principio, se presentaban voluntariamente a cubrir las plazas requeridas por el Ministerio. En lo relativo a su organización, se estructuraban a semejanza del modelo militar tendiendo cada vez más a una mejor adaptación orgánica al organigrama del ejército y su radio de acción se extendía desde las posiciones avanzadas de las trincheras hasta la retaguardia. Como producto, en gran parte, de la política comunista, el carácter meramente instructivo de la organización cultural se secundaba por el político, propagandístico e ideológico, lo cual fue recibido con ciertas reticencias, y no pocas fricciones, por parte de otros sectores republicanos (téngase en cuenta que el Ministerio de Instrucción Pública, regentado por los comunistas, obstruyó el desenvolvimiento de las Milicias contra el analfabetismo en Aragón, de inspiración cenetista, y de las Milicias de la Cultura que los Serveis de Cultura al Front de la Generalitat de Catalunya se propusieron organizar).¹⁵ En cualquier caso, a pesar de las difíciles circunstancias, en unidades militares de diversa tendencia ideológica, los Milicianos de la Cultura desplegaron una intensa actividad cultural y educativa que fue, en general, muy bien acogida en el seno del ejército republicano.¹⁶ Una actividad

¹⁵ Entre las funciones culturales encargadas a los Serveis de Cultura al Front, se proyectó la organización de las Milicias de la Cultura, integradas por maestros catalanes que tendrían que cumplir su misión en las unidades militares formadas mayoritariamente por soldados catalanes. Para ello se solicitaría al Ministerio de Instrucción Pública la gestión de la parte correspondiente de lo que disponía el Decreto del Gobierno de la República del 30 de enero de 1937 que creaba las Milicias de la Cultura (Decreto del 13-IX-1937, *Diari Oficial de la Generalitat de Catalunya*, 16-IX-1937). El citado Ministerio, como ha apuntado María Campillo, se reservó todas las facultades, incluso el nombramiento de cargos, de modo que fue imposible la creación de un cuerpo de maestros catalanes que integraran las Milicias de la Cultura. Véase, sobre este punto, Carles Pi i Sunyer, *La guerra 1936-1939. Memòries* (Barcelona: Pòrtic, 1986), pp. 147-148; María Campillo, *Escriptors catalans i compromís antifeixista* (Barcelona: Curial Edicions Catalanes, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1994), pp. 228-242; e *idem*, «Carles Pi i Sunyer, conseller de Cultura en temps de guerra», en *Carles Pi i Sunyer. 1888-1971* (Barcelona: Ajuntament de Barcelona, 1995), pp. 155-191.

¹⁶ A finales de 1937, en *Armas y letras* se afirmaba que las Milicias, como «fuerza de choque del Ministerio de Instrucción Pública, en su titánica labor cultural dentro del Ejército Popular, hoy con orgullo y alta la voz, pregonan por todos los frentes, y sus palabras tienen eco en las trincheras, que la lucha contra el analfabetismo tiene cuerpo, y es dura su silueta. Queremos una España libre y culta. La primera aspiración la está conquistando a sangre y pólvora nuestro Ejército, la segunda la garantiza *Milicias de la Cultura*» («Editorial», *Armas y Letras*, n.º 4-5, noviembre-diciembre 1937, p. 3). Esta labor, según se reconocía explícitamente, arrancaba de una necesidad de luchar enérgicamente contra el analfabetismo y la incultura que venían de tiempo atrás. La creación de bibliotecas, hogares del combatiente, periódicos murales, etc., era tan solo una parte de los proyectos por hacer, ya que la misión de las Milicias aspiraba a ser mucho más amplia: «Tenemos en vías de realización varios equipos volantes de teatro y cine que recorrerán las trincheras en una misión meramente instructiva y deleitadora. Reproducciones seleccionadas de las obras de arte de nuestros pintores y

que se inscribía en el gran esfuerzo colectivo de «extensión cultural» protagonizado por organizaciones de diversa adscripción ideológica, de carácter oficial o no, que actuaron tanto en el frente como en la retaguardia.¹⁷

En el contexto bélico, la tarea de las Milicias de la Cultura se convertía en algo ejemplar desde el momento en que había un amplio consenso, pese a las inevitables diferencias ideológicas y a las discutidas injerencias políticas, en torno a la consideración de que la cultura era necesaria e imprescindible en el nuevo Ejército Popular. La labor cultural, de una gran amplitud, se veía condicionada evidentemente por los fines políticos que perseguía la actuación de las Milicias de la Cultura, ya que, por una parte, los Milicianos culturales estaban adscritos y eran supervisados por los comisarios de Guerra, y, por otra, los propósitos abarcaban también la urgencia de que, tanto desde el punto de vista cultural como político, los combatientes hicieran suyos los motivos de la lucha. De ahí que, para actuar consecuentemente con el discurso político y, a su vez, para una mayor eficacia en la propaganda ideológica, se tuviera la necesidad prioritaria de alfabetizar a los combatientes iletrados. No obstante, no hay que olvidar que la guerra suponía, como se afirmaba coetáneamente, «una lucha a muerte con la barbarie y el retrogradismo» y, en el fondo, no podía entenderse si no se aunaba «el ansia de libertad e independencia con el anhelo de progreso y cultura». Ciertamente, en la guerra se luchaba «por el pan, pero también por el saber al alcance de todos; por un reparto más justo, no sólo de bienes materiales, sino también de

escultores, ediciones de romances y otras composiciones poéticas clásicas y modernas, discos en los que recogeremos canciones folklóricas españolas, etc., aficionarán a nuestros combatientes a unos placeres que les estaban vedados impeliéndoles abandonar los vicios en que hasta ahora ocupaban sus ratos de ocio» («Nuestro propósito», *Armas y Letras*, n.º 1, I-VIII-1937, p. 1).

¹⁷ A propósito del tramado cultural y educativo republicano que conformaron entidades muy diversas y coincidentes en encauzar campañas de alfabetización y culturalización (Milicias de la Cultura, Brigadas Volantes, Cultura Popular, Altavoz del Frente, Clubs de Educación en el Ejército, Universidades Populares, Misiones Pedagógicas, Sección de Bibliotecas del Ministerio de Instrucción Pública, etc.), véase Fernández Soria, *Educación y cultura en la guerra civil*, pp. 49-97; y, específicamente, sobre la «red» cultural y educativa anarquista (Ateneos Libertarios, Bachillerato Confederal, Estudios Superiores, Escuelas de Militantes, Agrupación Mujeres Libres, Colectividades, Juventudes Libertarias, etc.), véase *ibidem*, pp. 100-118. Para el análisis de la actuación educativa de las Juventudes Socialistas Unificadas y de las Juventudes Libertarias, véase respectivamente, Juan Manuel Fernández Soria, *Juventud, ideología y Educación. El compromiso educativo de las Juventudes Socialistas Unificadas* (Valencia: Universitat de València, 1992), e *idem*, *Cultura y Libertad. La educación en las Juventudes Libertarias. 1936-1939* (Valencia: Universitat de València, 1996). En cuanto a la actuación de los organismos vinculados a la Generalitat de Catalunya, véase Campillo, *Escriptors catalans i compromís antifeixista (1936-1939)*.

riquezas del espíritu».¹⁸ Por eso mismo, en el frente y en la retaguardia, el analfabetismo era «vencido y aniquilado con saña, con ímpetu, como un enemigo más, como un enemigo de los más dañinos». El contingente de maestros movilizados tenía como misión primordial «desterrar el analfabetismo en los frentes» y se organizaba como un cuerpo técnico, constituyendo «una vasta y eficaz escuela» que actuaba en las mismas trincheras en un esfuerzo colectivo:

Enseñar a leer a los soldados... Abrir para tantos y tantos hombres horizontes nuevos, vida amplia, libre, espiritual... Pero esto no es todo. Los milicianos de la cultura ayudan también al Comisariado a desarrollar su labor política y social junto al soldado, y a mejorar las condiciones culturales de los combatientes, en general. A ellos se deben la creación de los Hogares del Soldado, la organización de bibliotecas, que tengan siempre, ya el libro de combate, ya el de reposo, al alcance de la mano del hombre enardecido o fatigado por la lucha. Asimismo se ocupan estas milicias de dirigir e iniciar periódicos murales en los que luego colaboran sus compañeros, sus discípulos, con creciente entusiasmo. Organizan conciertos, pronuncian conferencias, y ello no sólo en el frente, donde llegan hasta la misma trinchera, sino que también en la retaguardia, en cuarteles y hospitales, teniendo así a su cuidado todo el impulso cultural del Ejército. En esta tarea que podríamos llamar más brillante, o sea en los recitales, conciertos, conferencias y festivales en hospitales, cuarteles y campos de instrucción, colaboran con ellos músicos, literatos, maestros y otras personas que, sin pertenecer estrictamente a la organización, aportan su esfuerzo con tanta eficacia como entusiasmo. La película educativa es otro de los aspectos culturales que las Milicias de la Cultura no descuidan. Por último, es interesante saber que los milicianos de la cultura ayudan a los comisarios en las escuelas de capacitación de mando, sean para cabos y sargentos, sean para oficiales. [...]

De esta manera se va formando, poco a poco, una fraternidad, no meramente verbal, sino atada con lazos de sangre y espíritu, entre intelectuales, campesinos, obreros y soldados. Todos dispuestos a mejorar los unos las condiciones de los otros, todos dispuestos a colaborar en esta magnífica y envidiable tarea de forjar una patria nueva, una patria de la que para siempre desaparezcan aquellas viejas pesadillas que fueron el analfabetismo, la incomprensión y la incultura.»¹⁹

¹⁸ «La magnífica tarea de las Milicias de la Cultura. Cultura en la guerra», *La Vanguardia*, 11-VIII-1938, pp. 1-2.

¹⁹ *Ibidem*, p. 2. En julio de 1938, el resultado obtenido por las Milicias de la Cultura, según la misma fuente, era el siguiente: 105.500 soldados liberados del analfabetismo; 980 bibliotecas creadas; más de 2.500 escuelas instaladas en trincheras, cuarteles y hospitales; y 150 Hogares del Soldado, «cuya misión —la palabra *hogar* lo señala ampliamente— es dar en

A grandes rasgos, y teniendo en cuenta las dificultades materiales y las difíciles circunstancias del momento, las iniciativas culturales proyectadas y/o llevadas a término en las unidades militares republicanas aspiraban a: (1) mejorar el nivel cultural de los combatientes, concediendo prioridad a la alfabetización como técnica de comunicación y como medio para desarrollar la conciencia de los valores cívicos (según el programa educativo y cultural republicano), pero dando especial énfasis también a la ampliación cultural a través de actividades complementarias que implicaran la participación activa (periódicos murales, publicaciones periódicas, festivales, coros, grupos de teatro, ciclos de charlas culturales y conferencias, etc.) y que se efectuaban en espacios específicos (bibliotecas circulantes, rincones de cultura, hogares del soldado); (2) contribuir a la educación política y militar de los combatientes, adaptando los programas a temáticas adecuadas a este propósito, categorizando al alumnado en función de sus responsabilidades militares y del grado de formación cultural y, en cierto modo, confundiendo —adrede o no— la finalidad propagandística o instructiva de los medios utilizados; y (3) lograr el mayor rendimiento con el mínimo dispendio de material y de tiempo, coordinando a todo el personal docente y a todos los servicios militares en un esfuerzo común para crear un aparato cultural organizado, dinámico y ágil, que empleara métodos amenos e interesantes, cuidadosamente preparados para alcanzar la máxima eficacia.

En definitiva, una auténtica carrera contra reloj, repleta de obstáculos, para rebajar la elevada tasa de analfabetismo y para completar, con la urgencia de las circunstancias, otras iniciativas republicanas tales como, verbigracia, las Misiones Pedagógicas.²⁰ Esa carrera en pro de la alfabetización y culturalización sistemáticas recogía, en resumidas cuentas, y saldando logros y fracasos, tanto las esperanzas generalizadas que, con el advenimiento de la Segunda República, se pusieron en la

lo posible al combatiente calor de una casa propia, el ambiente afectuoso y propicio para las horas de tregua o descenso en la pelea».

²⁰ Según Marcial L. Blasco, Inspector General de las Milicias de la Cultura, «las Misiones Pedagógicas de la República, cuyo Patronato fue disuelto, padecían un error que la experiencia afloró: No se puede llevar la civilización en un carro y enseñar y marcharse luego, con la música a otra parte. El intento era nobilísimo, pero le faltaba sentido práctico, espíritu de combate, conocimiento de la realidad de España. Con el dedo, casi al azar, saltaba el nombre de una aldea ignorada, y allá se iban unos jóvenes de buena voluntad. ¿Pero qué podían hacer? Poca cosa; un poco de cine, música, teatro clásico y, entre otros, modelos de Berruguete para explicárselos al pueblo; las mozas del lugar se comunicaban con afán malsano la novedad inusitada de sexos y senos exhibidos solemnemente por los forasteros. [...] Milicias de la Cultura, en la paz, puede ser un cuerpo civil, de combate por la cultura, ya que la cultura ha de ser popular porque al pueblo se le debe, y sólo militar para el técnico al que se le confía la libertad y la independencia del país» («Las Milicias de la Cultura. Han conseguido librar del analfabetismo a 105.000 soldados del ejército popular», *Ilustración Ibérica*, n.º 4, julio-octubre de 1938, p. 3).

culturalización y en el acceso a los medios culturales como, en cuanto a la *praxi*, el impulso de los movimientos de renovación pedagógica protagonizados por sectores fuertemente ideologizados (sobre todo, jóvenes maestros) que, antes de la guerra, habían soñado en crear sus propias organizaciones de escolarización (como las escuelas racionalistas de los libertarios) o sus comisiones de agitación y propaganda (como las de los comunistas) y que, durante la guerra, engrosarían las filas más activas de los Milicianos de la Cultura.²¹ A posteriori, así pues, las Milicias de la Cultura pueden considerarse, junto a otras iniciativas educativo-culturales, «una de las manifestaciones más características de la política cultural de la Segunda República en lucha contra el fascismo».²²

Fusil y libro: un binomio cultural

La 31ª División del X Cuerpo del Ejército del Este editó un órgano periódico de sus Milicias de la Cultura a partir de octubre de 1937, cuyo título emblemático de *Fusil y Libro* venía a sintetizar los objetivos que guiaban a la publicación como medio de orientación y cohesión ideológicas.²³ Según se declaraba en su primer número,²⁴ se

²¹ El énfasis que, desde ámbitos ideológicos diversos, se hacía a propósito de la necesidad de acabar de una vez por todas con esa «lacría» social del analfabetismo era la evidencia sociológica de que los resultados pedagógicos republicanos no habían alcanzado éxitos tan brillantes como cabría esperar (aunque el esfuerzo educacional fuera impresionante a todas luces) y, por tanto, de que existían unas franjas amplias de la población española completamente iletradas. El imperativo de la guerra y los valores sociales y culturales republicanos hacían urgente, en ese contexto, agilizar al máximo la alfabetización y culturalización de los combatientes, dado que justamente manifestando las diferencias abismales que separaban al ejército de unos y de otros (incluso ante la narcotizada opinión internacional) se era mucho más coherente con la defensa de unos valores democráticos amenazados por el fascismo.

²² Cobb, *Los Milicianos de la Cultura*, p. 13.

²³ Como es sabido, una de las características peculiares del ejército republicano fue el gran abanico de publicaciones periódicas (boletines, revistas, hojas sueltas) que se editaron en las diversas unidades militares. Hasta el punto que, como ha indicado Alpert, en el otoño de 1937, el Comisariado creó una Inspección de prensa que se encargó de establecer unas directrices concretas para la prensa militar. Éstas consistían en que sus redactores «debían concentrar sus esfuerzos en describir el carácter de la contienda, en la campaña de alfabetización y en los problemas internos de la unidad» (Alpert, *El ejército republicano en la guerra civil*, p. 20). *Fusil y libro* cumpliría, en cierto modo, con estas orientaciones.

²⁴ «Editorial. Nuestro propósito. Nuestro periódico», *Fusil y libro*, n.º 1 (6-X-1937), p. [3].

trataba de llevar a buen término la consigna del Comisariado General en su lucha por erradicar el analfabetismo («*Lucha contra el analfabetismo en nuestro ejército. Ni un sólo soldado de la República, que no sepa leer y escribir*»), impulsando la labor cultural de las Milicias de la Cultura dentro del Ejército Popular. *Fusil y libro* sería, pues, la expresión del «espíritu revolucionario y constructivo» que animaba a las Milicias y el reflejo de las actividades desarrolladas en las unidades militares de la División. El Comisariado, los soldados y los Milicianos de la Cultura encontrarían en las páginas de la publicación «instrucciones concretas para el desarrollo de sus actividades. Datos curiosos, estadísticas, anécdotas, noticias, comentarios, etc.». Como órgano específico de las Milicias de la Cultura, *Fusil y libro* se encargaría de formar a sus Milicianos en tanto que profesionales, pero también en tanto que «luchadores antifascistas», «soldados dispuestos al sacrificio», y se proponía como prioridad cumplir la misión encomendada de «acabar con el analfabetismo», contribuyendo con ello a la alfabetización de los soldados republicanos que, en todo el frente de la República, había dado ya sus resultados.²⁵ Más allá de las posibles implicaciones

²⁵ Las artesanales páginas de *Fusil y libro* se hicieron eco de las actividades realizadas por las Milicias de la Cultura de la 31ª División en cuanto a clases impartidas, asistentes a ellas, conferencias realizadas, etc., dejando constancia, por tanto, de una acción considerable que invitaba a la emulación respecto a otras unidades. En los cuatro primeros meses de su actuación, el resultado global era el siguiente: se enseñó a leer y escribir a 115 soldados analfabetos; se impartieron cerca de 4.000 clases y más de 100 conferencias culturales; y se colaboró con el Comisariado en la creación y ampliación de bibliotecas, hogares del soldado y periódicos murales (Milicias de la Cultura, 31ª División [Siétamo 20 de Diciembre de 1937], «A los combatientes de la 31 División», *Fusil y libro*, n.º 9, 20-XII-1937, p. [9]). Algunos balances más pormenorizados ofrecen una idea aproximada y, sin duda parcial, de la labor de las Milicias: (i) en septiembre de 1937, el número de Milicianos de la Cultura era de 16, se había impartido 703 clases, habían asistido a ellas 209 analfabetos, 104 semianalfabetos y 280 en las de cultura general; el total de alumnos ascendía a 593; las clases diarias eran 24 y el número de conferencias 31 («Pantalla cultural: Estadística», *Fusil y libro*, n.º 1, 6-X-1937, p. 5); (ii) en octubre, la estadística de los trabajos realizados por dos Brigadas era la siguiente: 245 clases, 16 escuelas en funcionamiento, 46 grupos; 162 analfabetos, 107 semianalfabetos y 123 de cultura general; se ofrecieron durante la semana 6 conferencias o charlas («Pantalla cultural», *Fusil y libro*, n.º 4, 26-X-1937, p. 5); (iii) al terminar el mes de octubre, la estadística arrojaba las siguientes cifras generales: 1.346 clases ofrecidas; 25 conferencias; 12 artículos publicados; 929 alumnos, distribuidos en: 215 analfabetos, 206 semianalfabetos, 508 de cultura general; 39 alumnos aprendieron a leer y escribir; 29 escuelas en funcionamiento, con 49 grupos («Pantalla Cultural», *Fusil y libro*, n.º 5, 5-XI-1937, p. 5); i, por último, (iv) en noviembre, los resultados eran: 807 alumnos asistentes a las clases, distribuidos en: 203 analfabetos, 259 semianalfabetos, 345 de cultura general; 35 soldados aprendieron a leer y escribir; 739 clases colectivas y 112 individuales ofrecidas; 39 escuelas en funcionamiento; 22 bibliotecas organizadas con un total de 3.600 volúmenes; 41 conferencias culturales dadas y 19 artículos publicados en la prensa del frente y de la retaguardia («Estadística», *Fusil y libro*, n.º 9, 20-XII-1937, p. 3). Huelga decir que la

propagandísticas, como división de adscripción ideológica fundamentalmente *psuquista*,²⁶ *Fusil y libro* es un exponente paradigmático de la *praxis* educativa y cultural emprendida por la 31ª División y un claro ejemplo de la nueva conceptualización de la institución militar como responsable, además de las necesidades de guerra, de la formación cultural, cívica y política de los soldados republicanos.

La organización de las Milicias de la Cultura en el seno de la 31ª División estaba condicionada por la necesidad de clarificar el papel orgánico que jugaban dentro del Ejército Popular, en vista de que las disposiciones legales no solucionaban el traspaso de competencias desde el Ministerio de Instrucción Pública al Comisariado General de Guerra. Este traspaso, como comentaba un editorial de *Fusil y libro*,²⁷ era difícil porque implicaba la adaptación de las Milicias a una nueva situación y, a un tiempo, suponía que la institución pasaba a depender del Ejército Popular, con lo cual su hipotético futuro —terminada la contienda— era más bien incierto.²⁸ A pesar de ello, los Milicianos de la Cultura de la 31ª División confiaban en que se estableciera una conexión eficaz entre el Ministerio de Instrucción Pública y el Comisariado de Guerra con el fin de afianzar las Milicias y continuar su tarea dentro del Ejército Popular de la República. Una tarea que no consistía únicamente en la reducción del analfabetismo, sino que abarcaba la intensificación de la cultura general en un trabajo arduo para instruir y culturizar a los soldados, enseñándoles lo más elemental de la «Aritmética, Geometría, Gramática, Geografía, etc.», y preparándoles a base de charlas, conferencias y lecciones prácticas. Estas medidas se dirigían tanto a los soldados que asistían a las clases de cultura general como, de modo especial, a los futuros sargentos y oficiales, para los cuales se debía organizar una serie de clases específicas, a fin de que, cuando les llegara la hora de ingresar en la Escuela Regimental o en las Escuelas Populares de Guerra, poseyeran las materias necesarias para la ampliación de sus estudios. Con ello se lograría llenar una laguna en la organización y capacitación de mandos medios que permitiesen alcanzar «la victoria definitiva sobre el fascismo».²⁹

²⁶ Cabe indicar que pertenecían al PSUC tanto el comisario de la 31ª División, Josep Miret i Musté, como los comisarios de las Brigadas (Agustí Vidal i Roger, Brigada n.º 133ª; Alvaro Cartea i Juan, n.º 134ª; y Arturo Quintana i Casanova, n.º 135ª).

²⁷ «Reorganización: Sobre la marcha [editorial]», *Fusil y libro*, n.º 5 (5-XI-1937), p. 1-2.

²⁸ La eficacia del servicio realizado por las Milicias de la Cultura y la experiencia recogida durante su funcionamiento aconsejaban, según la disposición firmada por Jesús Hernández —como Inspector general de las Milicias de la Cultura— «introducir en su organización algunas modificaciones que lo adapten mejor a la estructura actual del Ejército Popular, a fin de que su eficacia alcance el mayor grado posible» (Orden del 15-XII-1937, *Gaceta de la República*, 21-XII-1937).

²⁹ «Editorial. Hay que intensificar la cultura general», *Fusil y libro*, n.º 7-8 (10-XII-

Los Milicianos de la Cultura de la 31ª División remarcaron la necesidad de cimentar unas bases culturales sólidas a través de un «medio poderoso» al alcance, una auténtica «revolución espiritual»: la instrucción y el anhelo de renovación y superación constantes («leer, instruirse, superarse continuamente»; «sentir en nuestro espíritu la sed inextinguible del saber»; «acudir a todas las fuentes que la cultura nos brinda») para forjar la sociedad del futuro.³⁰ Además, en el contexto del esfuerzo cultural de la República y con la convicción de que la cultura no era un privilegio sino un derecho del ser humano, declaraban estar al servicio del pueblo y desempeñar una misión muy concreta que aunaba la exigencia de hacer desaparecer el analfabetismo de las filas del ejército con la de aumentar la cultura de los combatientes y colaborar con el Comisariado en una «superación cultural» que tenía como finalidad hacer «hombres conscientes, capaces de levantar, una vez logrado el triunfo, sobre las ruinas de nuestra patria, una España libre, culta y feliz, que irá a la vanguardia de la civilización y del progreso».³¹ Los esfuerzos pedagógicos de las Milicias reclamaban la imprescindible colaboración de los combatientes para continuar trabajando en pro de la Cultura como «base del progreso de los pueblos». Una contribución que, obviamente, consistía en la necesaria asistencia a las clases organizadas por las Milicias, con lo cual se conseguiría que el desarrollo técnico, desde un punto de vista militar, fuese paralelo al asentamiento sobre una base cultural «firme y progresiva».³²

1937), p. 1.

³⁰ Milicias de la Cultura, 134 Brigada Mixta, «Camaradas soldados: leed, estudiad», *Fusil y libro*, n.º 9 (20-XII-1937), p. 1.

³¹ Milicias de la Cultura, 31 División [Siétamo 20 de Diciembre de 1937], «A los combatientes de la 31 División», *Fusil y libro*, n.º 9 (20-XII-1937), p. [9].

³² «Editorial», *Fusil y libro*, n.º 12 (25-I-1938), p. 1. *Fusil y libro* publicó insistentemente llamadas a los combatientes para que participaran en el esfuerzo cultural de las Milicias e incluso recibió muestras de agradecimiento por parte de soldados de la División. Valgan las opiniones de Felio Simón, soldado de la 4ª Compañía del 537º Batallón y de J. A. Ruso, del 2º Batallón de la 134ª Brigada como ejemplo ilustrativo. En tanto que soldado del Ejército Popular, Felio Simón se sentía orgulloso de la obra cultural del gobierno de la República y consideraba que era positivo en extremo que se hubiera llevado la cultura a las trincheras para reducir el analfabetismo, puesto que «si al enemigo exterior, al que tenemos delante de los parapetos, se le vence asaltando sus posiciones con la bayoneta, al enemigo interior, al fascismo emboscado, se le vence desterrando al analfabetismo y la ignorancia, y asimilando la cultura y la educación que con la mayor voluntad e intención nos son ofrecidas» ([En campaña, 15 Enero 1938] «Desde el parapeto. La Cultura se difunde», *Fusil y libro*, n.º 12, 25-I-1938, p. 3). Por su parte, J. A. Ruso reparaba en una concepción de la cultura como piedra de toque de los conflictos sociales: «Si todos los hombres poseyéramos el grado de cultura necesario, no existirían antagonismos inhumanos ni existirían el odio, la ambición, el desprecio, ni el orgullo; por lo tanto tampoco existirían las guerras originadas tan solo por la ambición de unos seres que se creen superiores a los otros, y que llevan al mundo hacia una

A los cinco meses de funcionamiento de las Milicias de la Cultura en la 31ª División, las cifras y los datos eran, según los redactores de *Fusil y Libro*, el mejor exponente de la labor realizada en este espacio de tiempo limitado:

hemos arrancado de las garras del analfabetismo a cerca de 200 soldados que no sabían leer ni escribir. 50 escuelas funcionan en toda la División, con un total de 1.113 alumnos que asisten a las clases de Milicias de la Cultura, y se han dado hasta final de año un total de 4.672 clases.³³

El «objetivo señalado» se compendia en una consigna de lo más explícita que poco a poco se hacía realidad: «Que en el Ejército Popular no exista ningún soldado analfabeto.» El propósito final del proceso de formación de los soldados pretendía, con firme convicción, «hacer un Ejército culto, en que cada individuo sea consciente, y capaz de levantar de las ruinas de nuestra patria una España libre, próspera y feliz».³⁴ Todo un modelo cultural, el propiamente republicano y democrático, que partía de una gama de valores inminentes al ser humano en cuya cima se ponía la educación y la cultura en tanto que fundamentales para reformar o cambiar la sociedad. Un modelo, eso sí, esencialmente culturalista que entendía la cultura como un derecho exigible por cada ciudadano —convertido en combatiente por las circunstancias bélicas— y su difusión como un deber urgente de la organización del ejército republicano. Con la toma de conciencia de sus miembros, por el efecto de tener acceso a los medios culturales, se alcanzaría una participación activa de cara a la vida cívica del mañana.

Esa extraordinaria confianza en la culturalización se hacía eco de la convicción en el poder salvador de la cultura, en el derecho de todos los miembros de la sociedad a

matanza sin límites. / Hoy hacemos la guerra porque aquella casta nos quería hundir en la ignorancia en la esclavitud, pero nosotros, dueños ya del concepto de la cultura, nos levantamos en defensa de nuestra libertad por amor al estudio y a la razón. / Luchamos porque tenemos razón y porque amamos la cultura y el progreso» («La Razón y la cultura», *Fusil y libro*, n.º 12, 25-I-1938, p. 2).

³³ «Editorial», *Fusil y libro*, n.º 12 (25-I-1938), p. 1. El escritor catalán J. Roure-Torrent señalaba las siguientes cifras, un mes más tarde: «*La 31 Divisió, enmig del retrunyir de les armes, ha creat, durant aquests sis mesos, 22 biblioteques, 16 llars i 37 recons, 50 escoles, etc.; ha donat 4.672 classes i ha organitzat 661 conferències i prop de 2.000 actes diversos; ha fundat un teatre de campanya; ha estès l'obra instructiva als pobles on es troba la divisió, en els quals ha creat escoles. De 308 analfabets que tenia aquesta divisió, han après de llegir i escriure en tres mesos 121 soldats; dels 274 semianalfabets amb què comptava, 201 acudeixen a l'escola*» (J. Roure-Torrent, «El poble té el seu exèrcit», *Meridià*, n.º 7, 25-II-1938, p. 2).

³⁴ «Editorial», *Fusil y libro*, n.º 12 (25-I-1938), p. 1

acceder a los bienes culturales, sin privilegios ni discriminaciones de ningún tipo. La idea clave del modelo cultural propugnado consistía en el convencimiento de que las fuentes de la creación se hallan en el pueblo y cuando éste accede a los bienes culturales cierra el ciclo natural. Un humanismo, en definitiva, con una vertiente ética y otra política compartidas, a despecho de las diferencias, por amplios sectores republicanos. En virtud de ello, se tenía la conciencia de estar forjando un pueblo cuyo poder legítimo había sido agredido y cuya libertad quería reconquistar y, al mismo tiempo, educando a unos soldados que serían los verdaderos hombres del mañana. Los Milicianos de la Cultura querían cumplir, así pues, su responsabilidad, cuyo reto se alcanzaría trabajando, con ahínco y tesón, para dejar la 31ª División libre del analfabetismo y para inculcar a los alumnos soldados «el concepto de la voluntad, la conciencia de la lucha que sostenemos y el anhelo de la victoria».³⁵ Se trataba de alfabetizar a todos los soldados en una operación de rescate que era expresada en unos términos que recuerdan a los planteamientos ilustrados, aunque activados por los determinantes imperativos de la lucha:

Tenemos todavía 301 soldados sumidos en las profundas negruras de la ignorancia. Son ciegos de espíritu. Son lacra que nos legó aquel régimen carcomido. Vamos a liberarlos. Vamos a darles la luz resplandeciente del saber. Vamos a hacerlos hombres dignos y conscientes.

Cada M. de la C. debe recapacitar profundamente y hacerse promesa solemne de que al final del mes no quedará en su Unidad un solo soldado analfabeto.

Unidos todos por este pensamiento, habremos logrado una espléndida victoria al fascismo. Acordaos de aquel nuestro cartel: “*Milicias de la Cultura luchan contra el fascismo combatiendo la ignorancia*”.³⁶

El objetivo era, sin duda, «extirpar la ignorancia», teniendo en cuenta que cada analfabeto que aprendía a leer y escribir se erigía en «un golpe de mano» que se daba al enemigo.³⁷ Y es que el culturalismo republicano consideraba que el acceso a la cultura y a la formación cultural era un instrumento de primer orden para alcanzar, no sólo una liberación humana en términos individuales y colectivos, sino también una eficacia bélica que ayudaría decididamente a lograr la victoria contra el fascismo.

³⁵ «Editorial», *Fusil y libro*, n.º 13 (15-II-1938), p. 1

³⁶ «Editorial», *Fusil y libro*, n.º 13 (15-II-1938), p. 1.

³⁷ «Editorial», *Fusil y libro*, n.º 14 (5-III-1938), p. 3.

Teatro de Campaña: esparcimiento y educación

El teatro, como transmisor cultural e ideológico, podía desempeñar una función muy importante en los frentes de combate.³⁸ La organización del Teatro de Campaña en el seno de la 31ª División era concebida por parte del Comisariado de Guerra como un instrumento muy activo para distraer y, a la vez, educar a los combatientes.³⁹ Su creación se planteó, según Miquel Mora,⁴⁰ en dos fases bien diferenciadas. En primer lugar, un *teatro de esparcimiento*, pensado para acrecentar la energía y el entusiasmo en la actuación de los soldados: consistía básicamente en un cuadro escénico que representaba funciones de teatro acompañado de una pareja de clowns musicales, un equipo de cantadores y músicos, un rapsoda y un barítono que amenizaban las sesiones teatrales, bajo la dirección de un *speaker*. El grupo, fundado en septiembre de 1937, actuó diariamente en varios sectores y, con una voluntad educadora y propagandística, en la retaguardia de las tierras aragonesas donde organizó fiestas para los niños y niñas de los pueblos lindantes al frente, conciertos de banda, audiciones de sardanas, canciones populares catalanas, etc.⁴¹

En segundo lugar, un *teatro de educación*, «teatro de cara a la guerra», cuya

³⁸ La Conferencia Nacional de las Milicias de la Cultura se había propuesto, además de trabajar para una mayor estructuración y potenciar la instrucción en los conocimientos de capacitación militar, organizar mejor el teatro y el cine, cuyo desarrollo había preocupado ya a la Inspección General de Milicias. De hecho, a pesar de que funcionaban algunos equipos, se reconocía que se tenía que valorar mejor su eficacia e intensificar su funcionamiento («La Conferencia Nacional de Milicias de la Cultura», *Armas y letras*, n.º 2, 1-IX-1937, p. 2).

³⁹ En cierto modo, otras actividades culturales impulsadas por el Comisariado de Guerra de la 31ª División junto con las Milicias de la Cultura servían, en conjunto, para «poner de relieve la capacidad intelectual de nuestro Ejército» y, asimismo, dar «amplio cauce a las inquietudes culturales, artísticas y políticas de nuestros combatientes», según se declaraba en los prolegómenos de las bases de un concurso «artístico-literario-político» organizado en enero de 1938. A guisa de anécdota, cabe señalar que el citado concurso se basaba en la temática bélica y admitía dibujos, poemas, cuentos y trabajos políticos. Para cada modalidad, se fijaban tres premios consistentes en «un reloj de pulsera, una pluma estilográfica, y un cuchillo de acero de campaña, a elegir por el orden de selección que establezca con el Jurado», además de la publicación de los trabajos escritos en un folleto («Concurso literario: Bases del concurso», *Fusil y libro*, n.º 12, 25-I-1938, pp. 6-7).

⁴⁰ Miquel Mora, «Paper del Comissariat de Guerra. Organització del Teatre de Campaña», *La Rambla*, 10-II-1938, p. 3.

⁴¹ En la 31ª División había una cantidad notable de combatientes catalanes, hasta el punto de que *Fusil y libro* llegó a publicar algunos artículos en catalán y de que su elenco artístico centró sus actividades de retaguardia en el área de Barcelona y cercanías, representando piezas escritas en esa lengua.

organización se veía como más compleja habida cuenta que exigía un buen aparato y, al mismo tiempo, un público preparado. El Comisariado de Guerra de la 31ª División era partidario de vencer todas las dificultades y, a corto plazo, crear un cuadro escénico que llevara cerca de las trincheras un *teatro de educación*. Un tipo de teatro que, muy a pesar suyo, no se podía admirar en Barcelona, entretenida como estaba en una revolución que se consideraba de tres al cuarto. Un teatro «*nou i vigorós, sense bambalines ni estridències decoratives, però amb una força creadora, amb un dalit de llançar-se i començar a edificar Teatre revolucionari d'una revolució de moviment i no pas de rètols i façanes*»; un «*veritable*» teatro que, impulsado por el Comisariado de la 31ª División, nacería de una concepción profunda de la revolución como labor de guerra y de cultura simultáneamente: de lucha contra la ignorancia, la miseria y la reivindicación del pueblo, para trasladarlo a un estadio superior y hasta entonces desconocido.⁴²

A pesar de las expectativas generadas y de las intenciones expresadas por sus dirigentes, todos los indicios documentales hacen pensar que la segunda fase del proyecto de Teatro de Campaña —o sea, el *teatro de educación*— no llegó a alcanzarse. La iniciativa suponía, no obstante, una tentativa dirigida a utilizar el teatro como «arma ideológica» en la línea de los planteamientos de Erwin Piscator —expuestos por el director alemán durante su estancia en Catalunya en diciembre de 1936 y recibidos con singular interés por sectores vinculados al PSUC—⁴³ y de una concepción de la cultura y, por tanto, del teatro como «instrumento de combate» y elemento distintivo en contraposición al culto a la destrucción y al anti-intelectualismo practicados por el fascismo. Su realización, sólo en una mínima parte efectiva, chocaría con numerosas dificultades. No únicamente de tipo material, sino también respecto a la falta de un repertorio de obras adecuadas, nacidas de las mismas circunstancias,⁴⁴ y muy probablemente respecto a la existencia de un público

⁴² Miquel Mora, «Paper del Comissariat de Guerra. Organització del Teatre de Campaña», *La Rambla*, 10-II-1938, p. 3.

⁴³ Véase Francesc Foguet i Boreu, «Erwin Piscator a Catalunya (1936)», *Serra d'Or*, n.º 460 (abril de 1998), pp. 72-75.

⁴⁴ La necesidad de dotarse de piezas dramáticas escritas por los mismos soldados y que expresaran la actualidad bélica con un enfoque educativo debía ser común en las unidades del ejército republicano más dinámicas desde el punto de vista teatral. De ahí que, por ejemplo, el Comisariado General del Ejército de Tierra, por medio de su Sección de Prensa y Propaganda, convocara un concurso a finales de 1938, designado como «Teatro de Guerra», el cual venía a hacerse eco de las actividades culturales y específicamente teatrales que se estaban llevando a cabo en varias unidades del Ejército Popular. Así, con el propósito explícito de «dar amplitud» a ese «fuerte movimiento de resurgimiento artístico», el concurso «de libre concurrencia» estaba destinado a obras que debían ajustarse a las limitaciones siguientes: «de un solo acto y un solo cuadro», cuya representación no durase «más de treinta minutos» y se amoldara a actores masculinos «procurando no pasen de cinco o seis». Los criterios de

combatiente que concebía el teatro como *evasión lúdica* más que como *medio de educación*.

Festivales artísticos cerca del frente de combate: un teatro de *evasión lúdica*

En una primera etapa, el grupo escénico de la 31ª División concentró sus actuaciones en varios sectores del frente de Huesca, dirigiéndose tanto a los combatientes como a la población civil, de tal manera que la extensión cultural ampliaba su radio de acción a la retaguardia más cercana al frente de combate. De hecho, junto al grupo escénico oficial de la división y como solía suceder en otras unidades militares del ejército republicano, se celebraban festivales organizados, de manera más o menos improvisada, por cuadros artísticos creados por los mismos combatientes (especialmente en los batallones), los cuales distraían a los soldados «llevando a todos ellos el sedante espiritual, complemento indiscutible para adquirir y sostener la excelente moral combativa de nuestro glorioso Ejército Popular». ⁴⁵ La organización de los festivales celebrados regularmente en la división a cargo del cuadro escénico oficial formaba parte, en todo caso, del proyecto de culturalización del Comisariado y cumplía con ello su misión de velar por la cultura y la formación política de los soldados, atendándose a las directrices emanadas por los dirigentes culturales. En las circunstancias de lucha antifascista, el valor de estos festivales era considerado como «simbólico» por parte del Comisariado de la 31ª División, ya que

aceptación se guiaban significativamente por consideraciones muy concretas: «(a) Actualidad de los temas. / (b) Valor educativo de las obras. / (c) Dramatización de hechos y episodios de nuestra guerra. / (d) Valor literario». Las bases especificaban, además, que «una obra de buen contenido, no será rechazada porque revele falta de experiencia en el autor; será premiada a condición de que la Sección de Propaganda pueda quedar en libertad para introducir en ella oportunas modificaciones en cuanto a su construcción escénica». Las obras aceptadas serían premiadas atendiendo a una escala que variaba desde 300 (más tarde se marcó como premio mínimo 500 ptas.) a 1000 pesetas y pasarían a ser propiedad de la Sección de Propaganda y Prensa del Comisariado General del Ejército de Tierra. El plazo de aceptación de obras finalizaba el 31 de enero de 1939, a pesar de que ya a principios de ese mismo mes se animaba a los aspirantes a enviarlas cuanto antes mejor, dado que, al parecer, el jurado calificador comenzó por esas fechas a leer los originales enviados, aunque lo más seguro es que la precipitación de los acontecimientos obligara a abandonar la iniciativa. Véase «Teatralerías. Un concurso de "Teatro de Guerra"», *La Noche*, 17-XII-1938, p. 2; «Un concurso de teatro», *La Vanguardia*, 17-XII-1938, p. 4; «Un concurs de Teatre de Guerra», *La Publicitat*, 17-XII-1938, p. 2; y «El Concurs de Teatre de Guerra obert pel Comissariat General de l'Exèrcit», *La Publicitat*, 5-I-1939, p. 2.

⁴⁵ «Noticias», *Fusil y libro*, n.º 7-8 (10-XII-1937), p. 11.

hacía posible la confraternización del ejército con el pueblo y de los mandos con los soldados y, además, era «expresión de una moral de lucha, que se mantiene viva e intacta frente al enemigo, con fe consciente en la victoria, como consciente se quiere sea también la actuación de cada soldado».⁴⁶

Entre los numerosos festivales celebrados en el frente, pueden observarse algunas diferencias de matiz: por una parte, se distinguían en función del público al que se obsequiaba el espectáculo (combatientes o población civil), de modo que la diversión perseguida de todas formas podía completarse con el objetivo de confraternizar con el pueblo o entre mandos militares y soldados; y, por otra, se caracterizaban en algunas ocasiones por sus finalidades benéficas o humanitarias, atentas especialmente a los niños y niñas de los pueblos lindantes con el frente. A este respecto, cabe señalar que la labor en pro de la cultura del Comisariado de la 31ª División, con la ayuda entusiasta de las Milicias de la Cultura, se materializó en la creación de Escuelas Primarias en los pueblos del sector del frente y, como punto culminante, en la organización de un festival infantil para celebrar la Semana del Niño (en enero de 1938). En efecto, los 300 niños y niñas de las Escuelas Primarias del Comisariado fueron reunidos en un amplio local y obsequiados con una fiesta en la que intervinieron elementos componentes del cuadro escénico de la 31ª División: la Orquestina amenizó el acto con varias piezas escogidas, el camarada Alibol deleitó a los pequeños con su muñeco parlante Canutito («niño mal educado que quiere juguetes y no va nunca a escuela») y, sobre todo, los populares clowns Sender's y Macowi hicieron las delicias de los chicos y las chicas «con sus muecas, chistes y ocurrencias». Al final, los payasos repartieron juguetes y, con ello, lograban que esa infancia que vivía de muy cerca las angustias de la guerra, rodeada de dolor y miseria, regresara a sus hogares «con el rostro risueño, felices, contentos de su preciado juguete bajo el brazo». A diferencia del trato que merecía la infancia por parte del fascismo, los combatientes republicanos velaban afectuosamente por ella («aún en el mismo frente *la hacemos feliz...*»),⁴⁷ demostrando que la legitimación de los valores republicanos se hacía efectiva en actos culturales de esta índole.

La mayoría de las veces la actuación del cuadro escénico de la 31ª División era sólo una parte del programa de un día entero de actividades culturales para los soldados con motivo de efemérides significativas. Así, por ejemplo, en Siétamo, el 31 de octubre de 1937, las Brigadas mixtas 133ª y 135ª obsequiaron a los luchadores de la 134ª con un festival de bienvenida por su retorno al sector, programando una sesión matinal de discursos que glosaron la significación del acto dirigidos a los soldados, oficiales, jefes comisarios y población civil por parte de representantes de la 134ª

⁴⁶ «Noticias», *Fusil y libro*, n.º 5 (5-XI-1937), pp. 10-11.

⁴⁷ «Festival», *Fusil y libro*, n.º 10-11 (5-I-1938), p. 2.

Brigada y de la 31ª División,⁴⁸ amenizada con marchas e himnos a cargo de la banda de música de la División; una comida de confraternidad entre soldados, oficiales, jefes y comisarios y, por la tarde, un festival teatral celebrado en el local de la Academia Regimental Divisionaria en el que tomó parte el Cuadro Escénico de la División con la colaboración de la orquestina «Quimet Jazz» de la 133ª Brigada mixta.⁴⁹ O, un poco más tarde, el 5 de noviembre del mismo año, esta vez en Quicena, la celebración giró alrededor de la inauguración oficial de un Hogar del Soldado construido a instancias del Comisariado del 1º Batallón de la 133ª Brigada Mixta y dotado de todo lo necesario para la «expansión espiritual del combatiente». El programa se basó en un *match* matinal de fútbol entre los equipos representativos de la Brigada y del Batallón, una comida de confraternización, una función teatral «en el que tomaron parte soldados, que rivalizaron en dotes artísticas y el cuadro escénico de la División» y, como fin de fiesta, un baile amenizado por la orquestina de la Brigada.⁵⁰

Las crónicas publicadas en *Fusil y libro* a propósito de los festivales artísticos celebrados en campaña son muy ilustrativas del interés por acentuar la compenetración y buena sintonía entre la población de la zona del frente y los combatientes, la adhesión del pueblo antifascista a las actividades culturales de la división, y los paulatinos progresos en lo referente a la superación cultural de las unidades militares.⁵¹

⁴⁸ «Hablaron Ricardo Dalmau Mininis por la 134 Brigada. Soldado Agustín Jolis, por el Cuartel General. Soldado Simón Lloró, por la 134 Brigada. Oficial El Comisario de Guerra de la 134 Brigada. El Comisario de la 31 División. Y el Jefe de E. M. de la División» («Noticias», *Fusil y libro*, n.º 5, 5-XI-1937, pp. 10-11).

⁴⁹ «Noticias», *Fusil y libro*, n.º 5 (5-XI-1937), pp. 10-11. Pocos días antes, el 14 de octubre tuvo lugar en las posiciones del sector de La Granja la inauguración de un Hogar del Soldado, con la asistencia de los jefes militares y comisariados. Hubo parlamentos y, por la tarde, se hizo un festival artístico «en el que rivalizaron en dotes los mismos soldados». Y el 24 de octubre, esta vez en Siétamo, el Comisariado de la división organizó otro festival como obsequio a los alumnos de la Academia Regimental. Actuó el grupo escénico del Comisariado, que presentó algunos de los números de su variado programa, con gran aceptación por parte del público («Noticias», *Fusil y libro*, n.º 4, 26-X-1937, p. 6).

⁵⁰ «Antes de la función teatral, hablaron a los soldados, Miret, Responsable de Milicias de la Cultura de la Brigada, el Comisariado del Batallón, el de la Brigada, Argüelles, y la representación de la oficialidad y Jefes de la División» («Noticias», *Fusil y libro*, n.º 5, 5-XI-1937, pp. 10-11). Por esas mismas fechas, el grupo escénico de la 31ª División actuó en Tierz, en una fiesta organizada por el Comisariado del 1º Batallón de la 133ª Brigada Mixta, con motivo de la inauguración de una escuela ofrecida por el Comisariado al pueblo («Hubo parlamentos; diversos números de variedades; *clowns*, que hicieron las delicias de los chiquillos, quienes además fueron obsequiados con una merienda. / El Miliciano de la Cultura de dicho Batallón, E. Batalla, tomó parte en el festival, dirigiendo breves palabras a los concurrentes, campesinos y soldados y presentando los diversos números de la fiesta», *ibidem*).

⁵¹ Valgan como ejemplos las crónicas de J. Buffi, Miliciano de la Cultura del 1º

Batallón de la 135ª Brigada mixta, y E. Batalla, Miliciano de la Cultura de la 133ª Brigada mixta del mismo Batallón, respectivamente (téngase en cuenta que conservo la ortografía del original). (1) «Empezó el acto bajo los mejores auspicios. X, el pintoresco pueblecito que la metralla fascista afeó, derrumbando algunos edificios, aparecía festivo, porque absolutamente compenetrado con la lucha que sostenemos, celebra solamente las fiestas dedicadas a los soldados, se adhiere a los combatientes, como un luchador más, asistiendo a las expansiones culturales de los que en su recinto se cobijan. / Por esto quisiera imprimir a estas líneas un sentimiento de sincera gratitud al acogedor pueblo, antifascista cien por cien... / Pues bien; en la iglesia, que tampoco respetó la negra aviación, se celebró el acto... / Lindas muchachas daban colorido a la simpática reunión; y junto al ejemplar soldado, que recuperara para el pueblo, la España hoy gimiente bajo las ensangrentadas botas extranjeras, se veían rudos labradores, alegres chiquillos y agraciadas jóvenes. / Los artistas se superaron en sus actuaciones, y los asistentes al acto, acogieron con la sana alegría que producen los placeres del espíritu, y con repetidos aplausos, los escogidos números que componían el festival. / Los soldados —ruidosos en sus carcajadas— encaramados en los puntos más elevados, no perdían palabra ni movimiento. Sus rostros, radiantes, hubieran hecho desistir a Franco de su sangrienta y fracasada aventura, al compararlos con los mercenarios de sus filas. Felices en sus expansiones intelectuales y educativas, amenazadores en los parapetos, terribles, arrolladores en el avance, celebraban con sus risas, los chistes de los *clowns*. / No entraré en detalles. Todo esto [es] formidable. Los juegos de manos, la charla antifascista, los cantos y las poesías, las agudezas de los payasos, la ejecución musical a cargo de la Orquestina del Cuadro Escénico de la 31 División y el espontáneo coro que entonando el Himno del Ejército Popular, crispaba el férreo puño que aplastará el fascismo. / Mi más sincera felicitación a los organizadores y colaboradores del magno festival; al Comisariado del 1er Bon de la 135 Brigada Mixta y al Cuadro Escénico de la 31 División. / Y para terminar, una consigna "*adelante camaradas por la senda reivindicadora de nuestra superación cultural*".» (J. Buffi, «Festival poetico-lirico-teatral», *Fusil y libro*, n.º 9, 20-XII-1937, p. 4). (2) «En el pié mismo de una montaña un pueblecito hay, por cierto algo pintoresco cuyo nombre creemos conveniente no mencionar y que no ha mucho se celebró en él uno de los actos mas simpaticos y atractivos de cuantos existen, un acto de los que cautivan los espiritus que en el se desenvuelven, un festival infantil llevado a cabo por el 1er Batallon de la 133 Brigada Mixta, en colaboración de la escuela primaria de la 31 División y en donde los Milicianos de la Cultura, con gran acierto, prepararon a los niños y niñas para que tomaran parte activa en el mismo. / Asi fué efectivamente, ejecutando 3 bailes ritmicos, cuyos nombres són: "Apertura", "Indiot" y "L'Hereu Riera" y que fueron la admiración de todos los asistentes al acto mencionado. No faltó el recital de Poesías y Canciones Populares que contribuyeron a que resultase un conjunto formidable. / Los *Clowns* de la División con sus acertados chistes y con su trabajo que les caracteriza colaboraron tambien en esta fiesta alegrando aun mas el alma de los pequeños cuyo espíritu palpitaba de entusiasmo y satisfacción. / Aquellos niños, aquellas chiquillas, ademas de complacerlos a todos con un juguete que se les regaló al finalizar la fiesta y que recibieron con júbilo indescriptible, les dimos una prueba de nuestro amor, de nuestras simpatías, de nuestra estimación constante hacia aquellos que en un mañana no lejano han de regir los destinos de nuestro historico pais y al mismo tiempo conseguimos en ellos un refinamiento de su sensibilidad y que efectuaran los movimientos con gracia y de manera armonica. / Esto

Con todo, después de una intensa campaña en el frente interviniendo en más de 50 festivales, el cuadro escénico de la división («una escuela más dentro de las 50 que funcionan en la División. La Escuela del optimismo, de la sana alegría, de la moral...») se desplazó a la retaguardia catalana en febrero de 1938.⁵²

Incidencia en la retaguardia: la trinchera como metáfora

Uno de los responsables más destacados en las campañas realizadas en la retaguardia para recabar fondos a beneficio de los soldados republicanos y para dotar de unidades móviles de propaganda a las líneas cercanas al frente de combate (equipos de megafonía, máquinas de proyección de cine e imprentas ambulantes) era el subcomisario y posteriormente comisario general del Ejército del Este Crescenciano Bilbao.⁵³

equivale a una conquista cultural y esto precisamente es una de las normas esenciales que caracterizan la obra de nuestro Gobierno así como también de nuestro Ejército Popular» (E. Batalla, «Festival infantil en campaña», *Fusil y libro*, n.º 14, 5-III-1938, p. [10]).

⁵² «Cuadro escénico», *Fusil y libro*, n.º 14 (5-III-1938), p. [10].

⁵³ Véase Teodor Garriga, *La meua vida i Ràdio Associació de Catalunya* (Barcelona: Proa, 1998), especialmente, pp. 81-85. Cabe señalar que, como subcomisario general, la labor de Crescenciano Bilbao en pro de la unidad de los combatientes antifascistas fue elogiada por los jefes, comisarios, oficiales, delegados políticos y soldados de la 135ª Brigada de la 31ª División a través de una carta fechada en Nueno (Huesca) el mes de noviembre de 1937, en la cual le testimoniaban su adhesión al Frente Popular y a la obra de refuerzo de éste que impulsaba el Comisariado del Ejército del Este. Los combatientes expresaban un detallado —y significativo— programa de principios de actuación política, social y económica dirigido a que la retaguardia participara activamente en la guerra: (1) la consolidación de la unidad a través del Frente popular en la retaguardia catalana y española, del mismo modo que se hacía en el frente, para aunar voluntades contra el fascismo; (2) el incremento de la capacidad productiva de los obreros y campesinos de la retaguardia «trabajando horas extraordinarias, acelerando el ritmo en progresión geométrica, prescindiendo de descansos, si así es necesario, para suministrar a nuestro Ejército todas las armas, municiones, ropa y comestibles que precisamos; pues para nosotros hace días que se acabó, conscientemente, la jornada regular de trabajo, y se acabaron las fiestas»; (3) la depuración de la retaguardia vigilando «las posibles maniobras de los emboscados y de la “quinta columna”» y obligando a los representantes del Frente popular a «desencadenar una lucha organizada e implacable contra todos los enchufistas y filofascistas, porque unos y otros sólo laboran por nuestra derrota»; (4) el desarrollo de una política austera y enérgica de abastecimiento de las masas obreras y campesinas, «impidiendo toda desorganización en este sentido, que conduce inevitablemente al resurgimiento de los acaparadores y aprovechados: animales dañinos a la salud pública del antifascismo, que no tienen por qué vivir en estas horas de lucha y de sacrificio»; (5) la imposición de una moral de guerra, con el cierre de «los grandes restaurantes, los cabarets y todos los antros de

Como una contribución más a esas campañas, Bilbao inauguró oficialmente la Exposición de la 31ª División el miércoles 16 de febrero de 1938, a las cuatro de la tarde. Esta exposición pretendía llevar a la retaguardia el reflejo de la vida, la obra y los esfuerzos de los soldados de la República en las trincheras:

El barro de las trincheras, el peligro constante de la metralla de los morteros, la vida hecha de penalidades no son capaces de amargar el espíritu de los españoles que están allí defendiendo a España con toda la fuerza de su sangre y de su espíritu. Pueden crear bellas obras de arte, unos. Otros aprenden a leer y escribir. Los hay también que organizan, “cuando los fusiles están en silencio”, espectáculos teatrales, sobre escenarios de los que también se exhibe una muestra. El hogar del combatiente hace útiles las horas de inactividad. Toda esta vida admirable y ordenada se encuentra representada en la Exposición.⁵⁴

La exposición se instaló en el vestíbulo de la estación de los Ferrocarrils de Catalunya (en los subterráneos de la plaza de Catalunya) y su inauguración contó con la asistencia de numerosos representantes de la lucha antifascista y del Frente Popular.⁵⁵ El Comisariado General del Ejército hizo los honores a los visitantes y, a

descomposición de nuestra retaguardia, donde continúa deambulando todo un ejército de parásitos, mientras las madres obreras ofrenden, con resignación sublime, el sacrificio de sus hijos»; (6) la aplicación de «mano dura» contra la *quinta columna* y el envío de los presos enemigos de la República al frente, «para que construyan buenas carreteras para poder nos mover en la medida y rapidez que las circunstancias lo exijan». Los combatientes de la 135ª Brigada consideraban que, del mismo modo que ellos estaban «dispuestos a dar la última gota de nuestra sangre para defender la independencia y el progreso social de nuestro Pueblo; para defender la libertad de nuestra patria», la retaguardia tampoco podía consentir que «nadie intente comerciar con el heroísmo de los mejores hijos de nuestro Pueblo» («La 31 Divisió de l'Exèrcit de l'Est adreça una lletra a l'home que treballa per la unitat espiritual dels combatents antifeixistes», *Catalunya* [órgano regional de la CNT], 8-XII-1937, p. 7). El hecho de que se publicara en este periódico cenetista no sorprende si se cae en la cuenta de que Bilbao, dirigente sindicalista y socialista del ala moderada de Indalecio Prieto, defendió, cuando ejercía de comisario general interino, una concepción de los comisarios de Guerra que incidía en «los objetivos puramente educativos de la instrucción del soldado, excluyendo cualquier referencia al condicionamiento ideológico en términos que se acercan al apoliticismo predicado por los libertarios» (Cobb, *Los Milicianos de la Cultura*, p. 147).

⁵⁴ «El Comisariado de Guerra de la 31 División. Ha inaugurado una Exposición, en la que la progresiva labor cultural realizada en el frente, se manifiesta con admirable elocuencia», *El Día Gráfico*, 18-II-1938, p. 6.

⁵⁵ Entre los que cabe destacar Jaime Aiguadé, Ministro de Trabajo, en representación del Gobierno de la República; Carles Pi i Sunyer, consejero de Cultura, y Pere Bosch i Gimpera, consejero de Justicia, del Gobierno de la Generalitat; Jaime Miravittles, comisario

petición de los periodistas, manifestó que la muestra no era tan espectacular como otras exposiciones de guerra que se habían realizado, aunque reunía el aliciente de reproducir «el valor íntimo de la trinchera» y de dar «una sensación de realidad».⁵⁶ La exposición demostraba, además, que la 31ª División trabajaba «magníficamente» y ponía especial cuidado en «todos los aspectos de la vida de los soldados, lo mismo en el orden militar que en el de la educación y preparación cultural y política». De la tarea que venía encauzando la unidad, Bilbao subrayaba la obra que se realizaba contra el analfabetismo y el ingente esfuerzo efectuado para dotar a los soldados de una mayor preparación militar y política que hiciera cada día más eficaz la lucha contra el fascismo.

La Exposición contaba con la obra artística de los dibujantes que pertenecían a la 31ª División (combatientes de las 133ª, 134ª y 135ª Brigadas mixtas) y fue coordinada por el comisario de la división Josep Miret i Musté (PSUC) con la ayuda de Martí Bas, Antoni Clavé, Guimerà, Artel [Albert Santmartí], Torrent y Balaguer.⁵⁷ Reunía todo aquello que podía ofrecer una idea de lo que significaba la organización del Comisariado de Guerra y la obra realizada por el Ejército Popular, el cual con sus bayonetas defendía «las libertades del pueblo y la legitimidad de la República en los frentes de combate».⁵⁸ Como cabe suponer, en la exposición figuraban demostraciones

de Propaganda de la Generalitat; Duran Rosell, en representación del comisario del Ejército del Este; Josep Miret, por la 31ª División y en representación del comisario; Ramon Junyent, en representación del alcalde de Barcelona, así como los consejeros del Ayuntamiento de Barcelona de la UGT (Jiménez, Roca y Monlleó) y de la CNT (Pérez, Cabruja y Alonso); Miquel Ferrer, secretario general, y Agustí Cid, secretario de Prensa y Propaganda, por el Comité de Catalunya de la UGT; Aznar, Del Caso y Andrés, por el Comité Central, el Comité Local y la Comisión político-militar del PSUC, respectivamente («Ayer fue inaugurada la Exposición de Guerra de la División 31. El ejemplo del frente», *Las Noticias*, 17-II-1938, p. 3; y Manuel F. Cortezón, «Exposición del Comisariado de Guerra de la 31 División. ¡Guerra de muerte al invasor! esta es la consigna», *El Diluvio*, 17-II-1938, p. 6).

⁵⁶ «El Comisariado de Guerra de la 31 División. Ha inaugurado una Exposición, en la que la progresiva labor cultural realizada en el frente, se manifiesta con admirable elocuencia», *El Día Gráfico*, 18-II-1938, p. 6.

⁵⁷ Según recordaba Carles Fontserè, «Antoni Clavé i Martí Bas van tornar a Barcelona a fi de preparar una exposició de propaganda de la 31 Divisió als soterranis de l'estació dels trens de Sarrià a la plaça de Catalunya [...]. En el decurs de l'exposició van presentar, amb actors soldats, el "Teatre de Guerra" de la 31 Divisió, amb un decorat únic que van pintar tots dos. Amb aquest motiu la divisió va editar un àlbum, de format 30 x 23 cm, titulat "10 dibujos de guerra", compost per cinc dibuixos d'en Clavé i cinc d'en Martí Bas, sense text. La portada era del primer» (*Memòries d'un cartellista català, 1931-1939*, p. 451).

⁵⁸ «Ayer fue inaugurada la Exposición de Guerra de la División 31. El ejemplo del frente», *Las Noticias*, 17-II-1938, p. 3.

de «la salvaje destrucción de las poblaciones por la aviación fascista en contraste con la obra cultural y constructiva que realiza la República. Abundan armas especiales tomadas al enemigo, banderas conquistadas a las fuerzas fascistas en la toma de Belchite y Teruel, y todo cuanto en obra de cultura y de ayuda al campesino se viene llevando a cabo».⁵⁹ Era, así pues, un testimonio de la labor cultural que se realizaba tanto para la población que iba siendo liberada y puesta bajo el amparo de la República como, específicamente, para el ejército republicano, visto que el Comisariado «en el fragor del combate como en la tarea de capacitación para el presente bélico y el futuro de paz —“cuando descansan los fusiles” es el lema que completa el de “los primeros en avanzar, los últimos en retroceder”— representa y concentra la esencia de la lucha heroica que está sosteniendo el pueblo español para ejemplo de todo el mundo».⁶⁰ «Una parte del frente», como afirmaba Manuel Valldeperes,⁶¹ había sido traída a la retaguardia para convertirse en símbolo de la lucha contra el fascismo y en ejemplo a seguir para la movilización de todos los esfuerzos colectivos en la retaguardia con el objetivo de ganar la guerra. Era en esa parte del frente, la trinchera, en donde se reproducía, con exactitud, la verdad concreta del campo de batalla. Y esa misma trinchera —simulada en la entrada de la exposición con gran colorido, veracidad y exactitud, aunque sin lo episódico de la lucha— se abría a la curiosidad de los que, en la retaguardia, aspiraban a «la destrucción absoluta de los ejércitos imperialistas que han invadido nuestro suelo patrio». En esos momentos, según Valldeperes, el frente se

⁵⁹ «Muestra, además, una extensa demostración gráfica y plástica de combatientes en las trincheras, como en segunda línea. / Trabajos realizados por los soldados en horas de descanso, que son labores manuales de verdadero primor artístico, periódicos murales, Hogares del Soldado, un teatro improvisado de guerra, una chabola que produce la sensación de la realidad misma y caminos atrincherados. Todo termina en el fondo de la exposición que presiden grandes retratos del Presidente de la República, del ministro de Defensa Nacional, Indalecio Prieto; del Presidente de la Generalidad, y del comisariado del Ejército, Crescenciano Bilbao, con un gran escudo de la República, unas telas reproduciendo escenas de guerra que la España antifascista sostiene contra sus invasores. / Recordamos las inscripciones siguientes: “La República construye, el fascismo destruye”. (Alusiva a la destrucción de las escuelas y a la obra de Cultura de la República.) / “Comisario: el primero en avanzar, el último en retroceder”. (Consigna del Comisariado de Guerra) / “El Ejército Popular en defensa de la República y de las instituciones democráticas que el pueblo se ha dado.” / “La bandera de la República ha adquirido el valor de la independencia de España.” (Azaña) / “Sólo hay un camino para conseguir la paz: Ganar la guerra.” (Companys)» («Ayer fue inaugurada la Exposición de Guerra de la División 31. El ejemplo del frente», *Las Noticias*, 17-II-1938, p. 3).

⁶⁰ «La obra del Comisariado 31 División», *Las Noticias*, 15-II-1938, p. 1.

⁶¹ M.[anuel] V.[alldeperes], «La Exposición de la 31 División del Ejército Popular. El frente en la retaguardia», *Las Noticias*, 4-III-1938, p. 3.

convertía en la avanzada de España y, como correspondencia, la retaguardia debía ser su justa prolongación. Toda Barcelona, toda Catalunya tenía que desfilar por la trinchera que la 31ª División había instalado en la plaza de Catalunya, para que el hecho de enfrentarse a la verdad del frente sirviera de estímulo en «este afán colectivo de ganar la guerra». Para Manuel Valldeperes, en el contexto de la labor cultural del ejército, el teatro de campaña adquiriría una significación especial como una manifestación artística de primer orden:

¡De Arte, sí! Porque nuestros soldados, que saben lo que se defiende en las trincheras, lo que se juega en los distintos sectores de España, saben, también, que manteniendo la moral ciudadana —que es el espíritu y la sensibilidad— hallarán una España superada a sí misma, después de la victoria.

Y el teatro, en sus múltiples variantes, en sus distintas fases, eleva la moral de los luchadores, porque a él dedican su atención aquellos que están preparados para ello. El teatro de campaña es la afirmación más concreta del estado de ánimo de nuestros soldados, y cada representación que da —y son frecuentes—, tiene la virtud de multiplicar la fe del combatiente y de acentuar su convicción en la victoria. ¿Cómo es posible que sucumba un pueblo que siente inquietudes espirituales en plena guerra? Porque, además, nuestros teatros de campaña actúan alrededor de un punto concreto: nuestros soldados. Ellos son actores y autores: a ellos se debe todo cuanto complementa el espectáculo: música, decorados, figurines. Y a ellos se debe lo mejor: el espíritu de superación intelectual y de convicción antifascista que escapa del escenario, y que se deja sentir, luego, en la trinchera.

¿O es que con el teatro de campaña de esta exposición, los combatientes llevan a la retaguardia su espíritu, su voluntad y su firmeza?

Por si fuera poco, la exposición, como declaraba Luis Bóveda Pérez,⁶² era algo singular no sólo porque a ejército alguno se le había ocurrido exponer sus actividades en los frentes de combate, sino también porque no era previsible; al contrario, rompía los moldes tradicionales y se dedicaba a exponer las actividades de las Brigadas que integraban la 31ª División. No se mostraban abrumadoras estadísticas de triunfos bélicos, antes bien se ofrecían llanamente datos sobre los soldados alfabetizados; fotografías y documentos que hablaban de cómo eran los combatientes republicanos como reflejo de las aspiraciones del pueblo; objetos diversos cogidos al enemigo (algunos de ellos de procedencia italiana o germana); y, sobre todo, periódicos murales que demostraban que los soldados republicanos empleaban su tiempo de ocio «en algo más eficiente, más humano, que en pensar en la novia ausente o en castigar su organismo con vicios que son la escuela de toda guerra». De lo expuesto, Bóveda

⁶² Luis Bóveda Pérez, «Ellos y nosotros. Una visita a la Exposición de la 31 División», *El Diluvio*, 3-III-1938, p. 3.

destacaba también un teatro en miniatura «que habrá hecho y hará llevaderas las horas de relativa tranquilidad, que, en campaña, son las peores, ya que es entonces cuando nos asaltan recuerdos y nostalgias que deprimirían nuestro ánimo si careciésemos de estos paliativos, así como de nuestros inolvidables *rincones de cultura*». Una labor, pues, digna de elogio y, a la par, un auténtico «acicate» para la retaguardia, según la acertada expresión de Manuel F. Cortezón.⁶³

Claro está que, en este afán común en el que estaban implicados los Milicianos de la Cultura, comisarios, jefes, oficiales y soldados, la exposición organizada en febrero de 1938 en Barcelona supuso un punto de inflexión para encauzar una campaña de superación cultural que intensificara aún más el despliegue de la División —organizado paulatinamente desde agosto de 1937— y que, a la sazón, tuviera en cuenta la opinión de la retaguardia republicana. La actividad cultural de las Milicias de la Cultura de la 31ª División dirigida hacia la erradicación del analfabetismo, pero también a la ampliación cultural y a la educación socio-política, ensanchaba sus márgenes de actuación llevando a la retaguardia su inquietud por culturizar y por concienciar acerca de los motivos de la lucha antifascista. Con la exposición y los actos programados en torno a ella, se trasladaba gráficamente el frente a la retaguardia, se enlazaban ambos en una unión de esfuerzos y voluntades, se mostraba la obra del Comisariado —«el nervio, alma, motor del Ejército Popular», afirmando su validez— y, desde el punto de vista político, tomaba fuerza y caracteres de realidad el Frente Popular en tanto que línea estratégica a seguir o, al hilo del discurso coetáneo, en tanto que «arma decisiva, única expresión política que aglutina a todos los trabajadores antifascistas».⁶⁴

⁶³ Manuel F. Cortezón, «Exposición del Comisariado de Guerra de la 31 División. ¡Guerra de muerte al invasor! esta es la consigna», *El Diluvio*, 17-II-1938, p. 6. Este periodista describió la muestra en estos términos: «Al entrar en la Exposición el público tiene que hacerlo por una trinchera al natural y da la sensación que se está en campaña. Seguidamente se encuentran los periódicos murales que se editan en la División, a través de los cuales se ven verdaderos trabajos artísticos. Se aprecian asimismo maquetas demostrativas de las escuelas primarias que ha regentado y regenta la División para combatir el analfabetismo por medio de las Milicias de la Cultura. / Reproducida con toda exactitud vemos la “chabola”, por la cual puede uno imaginarse la vida de nuestros soldados y ella debe animar a la retaguardia para prestarles la ayuda que merecen. / Siguen después las pruebas de la farsa de la tan encarada No Intervención y pueden verse morteros, fusiles, bombas, obuses, cascos, todos ellos *made in Germany e in Italy*. / Merece destacarse un hermoso teatro de campaña, en el cual próximamente trabajarán artistas de la División. / También figuran en esta Exposición diferentes vistas de la toma de Belchite y de Teruel, en las cuales ha tomado parte la División. / Una de las obras que hay que elogiar más es el museo pictórico de la División, que es un primor. / El camarada Bilbao dijo que lo de Madrid era más espectacular, pero que esto es más íntimo y que era obra del Comisariado de Guerra de la División.»

⁶⁴ «Nuestra exposición», *Fusil y libro*, n.º 14 (5-III-1938), p. [3]. A esas alturas, la valoración positiva del esfuerzo realizado por las Milicias de la Cultura debía ser unánime.



En el marco de los actos programados, el Comisariado de Guerra de la 31ª División anunció el inicio de la serie de actuaciones que desarrollaría el Grupo artístico compuesto por combatientes de la citada unidad, en el Teatro de Campaña que se instaló en el vestíbulo de los Ferrocarrils de la Generalitat de Catalunya y, especialmente, en hospitales, fábricas, talleres, sindicatos y grupos escolares. La sesión inaugural de la serie de funciones previstas por el grupo escénico tuvo lugar la tarde del domingo 27 de febrero de 1938.⁶⁵ Crescenciano Bilbao presidió el acto e hizo alusión a la gran eficacia de las representaciones teatrales de los soldados artistas, puesto que, en el frente, en la trinchera, cada una de éstas equivalía «a diez discursos en cuanto a elevación de la moral del combatiente».⁶⁶ El elenco, dirigido por Elisard

Como botón de muestra, y sin dejar de lado que los cenetistas tomaron las riendas de las Milicias a partir de abril de 1938, valgan los comentarios publicados en *Solidaridad Obrera* con motivo de la feria del libro de junio del mismo año, en la cual no faltaba un tenderete dedicado a las Milicias de la Cultura en el centro mismo de la barcelonesa plaza de Catalunya, «como una apoteosis de la Semana del Libro»: «Banderas y estandartes que flamean. Frases de hombres célebres y de destacados antifascistas que nos indican el amor que hemos de tener a los libros. / Los Milicianos de la Cultura cumplen una alta misión en esta guerra contra el analfabetismo y la cultura. El libro y el fusil se hermanan de una manera entrañable. Por eso no podía faltar este estante de libros que han llegado a los soldados. / Aquí en plena Plaza de Cataluña, corazón de la Barcelona industrial y anarquista, este estante lleno de libros que nos indican que los soldados aprenden en las trincheras y en parapetos, tiene por nosotros una honda emoción» («Las calles y plazas de Barcelona se engalanan en homenaje a la Cultura, refractaria al fascismo. En la feria del Libro», *Solidaridad Obrera*, 16-VI-1938, p. 3).

⁶⁵ Véase «Teatre de campanya», *Última Hora*, 1-III-1938, p. 2; e «Inauguración del Teatro de Campaña. Exposición de guerra de la 31 División», *Las Noticias*, 1-III-1938, p. 6.

⁶⁶ Enrique Manobens, «Sangre y maquillaje... De mi Diario de Guerra», *El Diluvio*, 8-III-1938, p. 8 y 12. Manobens recogió en este artículo, dedicado a sus camaradas soldados del cuadro escénico de la 31ª División, la declaración de Crescenciano Bilbao. Además de expresar su acuerdo con las palabras de Bilbao, las reafirmaba con la evocación vivida —remozada de pinceladas líricas— de una representación en las trincheras que no me privo de transcribir (según consta en el original): «Noche de luna. Noche plateada. / Las cordilleras de sacos terreros son, a la luz de la luna, barras de estaño en zig-zag. / Fusiles en silencio. / En su puesto de honor —palacios con barro semilíquido— cascos de acero vigilantes. / La tranquilidad es absoluta. / El poco menos que obligado paqueo de trinchera me parece más tuberculoso que en los días de rabiosa tranquilidad. / Tranquilidad sospechosa. / El paseo entre sacos terreros es, esta noche, turismo puro... / Los camaradas que me acompañan parecen empeñados en convertir mi paseo —hemos quedado que turismo auténtico— en una prueba de *cross country*. / Están nerviosillos bajo su casco de acero. / —Es que no queremos que te lo pierdas, Enrique. / —Un espectáculo de maravilla... / —Sublime. / y ¡hala! a correr. / A medida que nos acercamos al teatro de campaña nuestro *cross* entre sacos terreros adquiere caracteres de furioso *sprint*. / Me ha parecido observar que desde los parapetos se nos mira con cierta melancolía... / También ellos, por lo visto, correrían hacia el teatro de campaña. / * * * /

Sala, ofrecería a amplios sectores de la retaguardia un «teatro sano», «de trinchera», que llevaría el deleite, la alegría y el optimismo a «obreros, enfermos, heridos, campesinos y escolares», conectando de este modo el frente y la retaguardia.⁶⁷

Una plazoleta subterránea —Plaza de Cataluña según un rótulo que cuelga de un saco terrero—. Trinchera de segunda línea... / Y un diminuto teatro de campaña. / La plazoleta —Plaza de Cataluña— está repleta de cascos de acero. / Sentados sobre el barro semilíquido decenas y decenas de soldados. / En el escenario —iluminado por dos Petromax—, un rapsoda. Un rapsoda con pantalón bombacho y cinturón de dinamita... / “Tienen, por eso no lloran / de plomo las calaveras. / Con el alma de charol / vienen por la carretera...” / Minutos más tarde el cuadro escénico de la Brigada se movía con desenvoltura ante los Petromax... / Y ante los cascos de acero. / En la platea un silencio impresionante. / Llegó un enlace del cuartel general. Sigilosamente, se acercó el jefe de la brigada. Y le entregó un sobre. / Segundos después el comandante, desde su localidad —un cajón de *Laffite*— hablaba a sus hombres: / —¡Camaradas! Tenemos que suspender nuestra fiesta. Parece ser que el enemigo prepara un asalto a nuestras posiciones. Cada uno a su puesto, ¡camaradas! / La “Plaza de Cataluña” se inundó de bullicio. Carreras. Gritos... / Y un himno —oración bélica— en los labios: ‘La Internacional’. / Los soldados del cuadro escénico, maquillados, fusil y corazón en ristre, atravesaron la plazoleta. / Un muchacho pelirrojo se les interpuso. / —On aneu, vosaltres? / Y una respuesta a coro. [p.8] / —Al mateix lloc que tu... / El muchacho pelirrojo corrió hacia el jefe de la Brigada. / —Mi comandante, esos no deben ir. / Y añadió rápido: / —Si los “pelan”, ¿qué haremos nosotros? / Y el muchacho pelirrojo se desgañitaba. / A los pocos minutos eran muchos los soldados que suplicaban a su jefe obligase a inactividad bélica a rapsoda y artistas... / Pero ya los muchachos del cuadro escénico —maquillaje bajo el casco de acero— movían el dedo en el gatillo al dictado del corazón. / La noche —noche de luna, noche plateada— se llenó de ruidos. Sonoridad bélica. / El seco estampido de la fusilería adquiría por momentos caracteres apoteósicos. / Las bengalas iluminaban montones de carne. Montones de pánico. / Rostros que se contraen de terror al sentirse acariciados, heridos, por la luz del cohete. / Instantáneamente las camaradas ametralladoras enfocan los montones de carne —montones de pánico. / Tabletean con loca alegría. / Y el tableteo ahoga gritos de angustia y súplicas y maldiciones... / El intento de asalto a nuestras líneas fracasó. / Nuestro contraataque, felicísimo. / Nuevas posiciones. Más tierra de España para españoles. / En la nueva posición, un aguafuerte. / Tendido sobre el barro, exámine, entreabiertos los ojos, el rapsoda. / Un boquete a la altura del corazón —rojo manantial— y vacío de dinamita el cinto. / A su vera, de pie —baja la cabeza, apretados los puños— infinidad de soldados. / Lágrimas. / En primer término el soldado pelirrojo. A su izquierda, inmóvil, el comandante. / Los obuses herían el silencio de la noche. / De vez en cuando, una ráfaga de ametralladora. / El camarada pelirrojo, pegada la vista al suelo, al rapsoda, ha barboteado: / —Y ahora, mi comandante, ¿quién nos dará aquellas inyecciones de optimismo? ¿Qué podremos hacer sin él? / Y prorrumpió en sonoro llanto. / El comandante, sin levantar la cabeza, se pasó el reverso de la mano por los ojos... / Y el rapsoda —entreabiertos los ojos, manantial rojo en el pecho— pareció como si agradeciera el homenaje de lágrimas y puños crispados iniciando una sonrisa...» [p.12].

⁶⁷ «Los soldados artistas de la 31 División no descansan. En la misma exposición —concurridísima a diario desde su inauguración— las representaciones obtienen señalados éxitos», *El Diluvio*, 13-III-1938, p. 8.

Con estos planteamientos de fondo y dando una prueba más de su organización cultural y del valor cívico que la guiaba, el Comisariado de la 31ª División celebró un festival dedicado a los niños de la Residencia Rosa Luxemburgo la tarde del miércoles 9 de marzo.⁶⁸ El acto testimoniaba, en concreto, la adhesión del Comisariado a la obra meritoria que venía realizando Ajut Infantil de Reraguarda (una institución dedicada a la asistencia de los niños refugiados y, especialmente, al sostén de residencias de acogida), haciéndose eco de la obra humanitaria para con los niños, a quienes llevaba «unas horas de alegría y de bienhechora expansión».⁶⁹ Los soldados artistas de la 31ª División reunían «el arte y la jovialidad con un espíritu de elevado contenido de moral antifascista» en un espectáculo en que los luchadores por la libertad se trocaban en cantores, clowns, rapsodas, demostrando que sabían ser «disciplinados en el frente» y «heraldos del antifascismo cuando gozan de permiso en la retaguardia».⁷⁰ La orquestina dirigida por González Juan, el rapsoda Fernández Barba, el barítono Joan Aguilar y los clowns Sender's y Macowi, todos ellos combatientes, despertaron el entusiasmo de los pequeños que, al final, corearon los himnos de la 31ª División y del Ejército Popular con el puño en alto.

Al término de un año de su actuación, en octubre de 1938, el Teatro de Campaña de la 31ª División presentaba un balance total de 151 representaciones (51 en el Frente de Aragón; 9 en residencias infantiles; 14 en hospitales; 1 en Ràdio Associació de Catalunya; 22 en la retaguardia; 29 en el frente de Lleida; y 25 en las comarcas de Girona).⁷¹ Aunque disponemos de pocos datos sobre la presencia del Grupo artístico

⁶⁸ «El frente en la retaguardia. Festival de la 31 División en la Residencia “Rosa Luxemburgo”», *Las Noticias*, 10-III-1938, p. 3.

⁶⁹ «Hoy, en la Residencia “Rosa Luxemburgo”. El Comisariado de la 31 División dedica un festival a los niños», *Las Noticias*, 9-III-1938, p. 4. El anuncio del festival iba precedido de esta significativa declaración: «Los combatientes antifascistas, el Ejército Popular que lucha por una España de trabajadores libres, rinde lo mismo en la retaguardia que en el frente de lucha su esfuerzo máximo en pro de la causa de humanidad y justicia que defendemos. / El Comisariado de la 31 División que, dando una prueba de su organización cultural y del valor cívico e intelectual de cada combatiente, ha inaugurado la ya popular exposición de guerra en nuestra ciudad, no olvida la obra de humanidad para con los niños, llevándoles unas horas de alegría y de bienhechora expansión.» (*ibidem*.)

⁷⁰ «Los Artistas de la 31 División en las residencias infantiles», *La Vanguardia*, 11-III-1938, p. 2. Es muy probable que los soldados de la 31 División celebraran festivales similares en otras instituciones educativas (por ejemplo, para pocos días después, el 11 de marzo, estaba prevista la celebración de otro festival a beneficio esta vez de Asistencia Infantil, en la Residencia Profesional Femenina de la calle Rosselló, n.º 167, de Barcelona, *ibidem*), pero lamentablemente no he hallado prueba documental de ello.

⁷¹ «El Teatre en la Guerra. Resum d'un any d'actuacions del Teatre de Campanya de la 31 Divisió», *Treball*, 25-X-1938, p. 7.

en la retaguardia, sabemos que actuó en varias ciudades catalanas con programas que incluían piezas escritas en lengua catalana.⁷² Así, en uno de estos programas, relativo al espectáculo celebrado en el Teatre Municipal de Farners de la Selva el día 2 de abril —o mayo— de 1938, se consignaba que se representaría *El poder de la sang*, un «melodrama en vers i prosa, coral i orquestra, escrit pel soldat Elisard Sala a les mateixes trinxeres d'Osca» y, a continuació, unos números musicales y la actuación de los clowns Sender's y Macowi. Este mismo espectáculo, al parecer, se repitió el 30 de abril de 1938 en el Teatre Municipal de Girona; el 11 de mayo, en Banyoles, y el 15 del mismo mes, en la Societat La Concòrdia de Agullana. En otro programa, referente esta vez a un espectáculo celebrado en la Cooperativa Obrera Teixidors a mà (el actual Teatreneu de Barcelona) el 7 de enero [de 1939], a beneficio del Patronat pro Orfes de Combatents, se indicaba que se representaría *La batalla de l'Ebre*, «a càrrec de l'elenc que s'omplí de glòria, als fronts d'Aragó i per les cimes del Pirineu Català» (Josep Reniu, Lluís Rodó, Napoleó Casanovas) y completaría el espectáculo la actuación de Els Guerrillers del Ritme, el humorista Alibol, el ilusionista Irony, el violinista González Joan, el saxofonista Alfons Corbella, el barítono Joan Aguilar, los clowns Sender's y Macowi, el pianista Josep Casas y el rapsoda Josep Reniu. El cartel que anunciaba este último festival lanzaba estas sugerentes preguntas y una clara respuesta:

«UN TEATRE D'AVANTGUARDA?

UN TEATRE DE GUERRA?

UN TEATRE DE XOC?

UN TEATRE HUMORÍSTIC?

UN TEATRE FRÍVOL?

TOT UN TEATRE DEL MOMENT ÉS EL TEATRE DE CAMPANYA
DE LA 31 DIVISIÓ.»⁷³

⁷² Xavier Fàbregas, «Conversa amb Josep Reniu. Teatre en temps de guerra», *Serra d'Or*, n.º 218 (15-XI-1977), pp. 53-54. Este artículo, que tiene como resorte fundamental los recuerdos de Josep Reniu, comenta que la organización de espectáculos de campaña en el seno de la 31ª División contaba con la participación de miembros relacionados con la Federació Catalana de Societats de Teatre Amateur (Claudi Fernàndez, Agustí Collado, Ramon Vinyes y Antoni Clavé). No obstante, no he podido hallar la conexión entre la Federació amateur y el Teatro de Campaña de la 31ª División, de manera que sospecho que (i) hay una confusión con los Elencs Catalans de Guerra, los cuales efectivamente representaron *Comiats a trenc d'albà*, de Ramon Vinyes (una de las piezas que cita el artículo) y, además, realizaron actuaciones en centros de instrucción, festivales de homenaje a los combatientes en lugares avanzados del frente del Este, asociaciones y entidades de las barriadas barcelonesas, poblaciones diversas de la geografía catalana, etc.; o, por otra parte, (ii) en el supuesto de que hubiera habido una colaboración —que lo dudo— debía ser inicial y meramente orientadora.

⁷³ *Ibidem*, p. 54.

El anuncio de la presentación del elenco de la 31ª División, dirigido por Elisard Sala, en el Ateneu Enciclopèdic Sempre Avant, previsto para el domingo 1 de enero de 1939, con un programa que incluía varias obras inéditas escritas por los mismos soldados del frente, cuyos títulos eran *Torredongil*, *La batalla del Ebro*, e *Y al fin vamos a la victoria!*, constituye la última referencia conocida de su dilatada actuación en la retaguardia.⁷⁴

Colofón: el fin de las esperanzas

Con la ocupación de Catalunya por parte de las tropas franquistas en enero de 1939, el proyecto cultural la 31ª División —y particularmente la actuación del Teatro de Campaña— tocaba a su fin. Si bien los retos educativos y culturales de la División habían obtenido unos resultados mínimos con respecto a las ambiciosas aspiraciones iniciales, la intención de crear un ejemplar *teatro de educación* no se había cumplido en la práctica, sino que más bien parece ser, por las noticias de que disponemos, que predominó un tipo de teatro de evasión lúdica o, como en la última fase, más atento a cierta concienciación ideológica (no hay que olvidar que el Teatro de Campaña había sido concebido por el Comisariado de Guerra de la División), quizás sin perder por ello su vertiente lúdica. En cierto modo, en esos límites —inevitables en tiempos de guerra— se movía también la actuación del Comisariado Político y de las Milicias de la Cultura, habida cuenta su orientación más específica y determinadamente política del primero y educativo-cultural de las segundas. En realidad, como pone de manifiesto el análisis de la actividad de la 31ª División, el abanico de interferencias recíprocas entre lo cultural y lo político debía ser el común denominador de la *praxis* proyectada y/o efectivamente realizada en este sentido en el seno de las unidades militares.

Tanto los triunfos como los déficits de estas iniciativas, junto con otras similares, dirigidas a la formación cultural e ideológica del ejército republicano, revelan las dificultades estructurales de la compleja sociedad española de los años treinta, pero al mismo tiempo evidencian el dinamismo extraordinario de un cúmulo de esfuerzos que intentaban edificar un nuevo modelo de ejército que, a pesar de que se organizaba orgánicamente según el cañamazo clásico, codiciaba hacer no sólo soldados, sino también «hombres de un mañana mejor». Esa aspiración respondía, en parte al menos, al efecto de aplicar en el flamante ejército republicano unos planteamientos sociales y culturales en boga y que, en términos generales, pretendían, desde ópticas e intenciones muy diversas e incluso antagónicas, o bien desarrollar alternativas culturales desde la base, o bien institucionalizar desde las alturas organismos para que

⁷⁴ «L'Elenc de Guerra de la 31 Divisió. Representació de tres obres inèdites del front», *Treball*, 31-XII-1938, p. 8. El citado ateneo se encontraba en la calle Riego, 2, del barrio barcelonés de Sants.

se encargaran de llevar la cultura al pueblo. Poco se podía imaginar por aquel entonces que, con la derrota republicana, todos los esfuerzos realizados, todas las esperanzas depositadas se anegarían en el olvido y el silencio impuestos ignominiosamente, durante interminables décadas, por la dictadura franquista.

Bibliografia citada

- ALPERT, Michael. *El ejército republicano en la guerra civil*. Barcelona: Ibérica de Ediciones y Publicaciones, 1977. Libros de Ruedo Ibérico.
- ÁLVAREZ, Santiago. *Los comisarios políticos en el Ejército Popular de la República. Aportaciones de la Guerra Civil española (1936-1939). Testimonio y reflexión*. Sada, A Coruña: Ediciós Do Castro, 1989. Serie/Documentos, 58.
- CAMPILLO, Maria. *Escriptors catalans i compromís antifeixista (1936-1939)*. Barcelona: Curial Edicions Catalanes, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1994. Textos i Estudis de Cultura Catalana, 35.
- : «Carles Pi i Sunyer, conseller de Cultura en temps de guerra». En: *Carles Pi i Sunyer (1888-1971)*. Barcelona: Ajuntament de Barcelona, 1995. Col·lecció Gent de la Casa Gran, 8. Pp. 155-191.
- COBB, Christopher H. *Los Milicianos de la Cultura*. Bilbao: Euskal Herriko Unibertsitatea Argitarapen Zerbitzua, 1995. Historia contemporánea, 6.
- FÀBREGAS, Xavier. «Conversa amb Josep Reniu. Teatre en temps de guerra». *Serra d'Or*, n.º 218 (15-XI-1977), pp. 53-54.
- FERNÁNDEZ SORIA, Juan Manuel. *Educación y cultura en la guerra civil (España 1936-39)*. Valencia: Nau Llibres, 1984.
- : «El Frente de la cultura en el ejército», *Historia 16*, n.º 17 (1986), pp. 72-83.
- : *Juventud, ideología y educación. El compromiso educativo de las Juventudes Socialistas Unificadas*. Valencia: Universitat de València, 1992. Cuadernos del Departamento de Educación Comparada e Historia de la Educación, Serie Minor, 15.
- : *Cultura y libertad. La educación en las Juventudes Libertarias (1936-1939)*. Valencia: Universitat de València, 1996. Cuadernos del Departamento de Educación Comparada e Historia de la Educación, Serie Minor, 31.
- FOGUET I BOREU, Francesc. «Erwin Piscator a Catalunya (1936)». *Serra d'Or*, n.º 460 (abril de 1998), pp. 72-75.
- FONTSERÈ, Carles. *Memòries d'un cartellista català (1931-1939)*. Barcelona: Pòrtic, 1995. Vides i memòries, 13.
- GARRIGA, Teodor. *La meua vida i Ràdio Associació de Catalunya*. Barcelona: Proa, 1998. Perfils.
- PI I SUNYER, Carles. *La guerra 1936-1939. Memòries*. Barcelona: Pòrtic, 1986. Memòries, 32.